

TERCIARIOS

Guillermo Rovirosa



PRESENTACIÓN

Este libro lo escribió Guillermo Rovirosa para la Editorial ZYX en los años 60. Le encomendó a Teófilo Pérez Rey; miembro del Consejo de ZYX que le hiciera una crítica, me dijo que era excesivamente piadoso y ZYX no volvió a ver el original. Se lo pedí en los 80 para publicarlo en “Voz de los sin Voz”, me dijo que lo tenía en casa, que me lo bajaría... y hasta hoy. Me alegra que lo haya publicado la HOAC en los 90, de donde lo tomamos para editarlo como libro de bolsillo, voluntad del autor.

Cuando en los sesenta se escribían estas páginas España desarrollaba su dimensión industrial, lejos de la sociedad postindustrial de nuestros días, pero el autor se centra en las características del trabajador postindustrial y centra su reflexión sobre él. Supera a los planteamientos sociopolíticos de su época, tan martirizada en este aspecto, y se plantea responder a la que venía en el proceso histórico. ¿Fue esto lo que impidió que se publicara en los sesenta? Creemos que sí.

Hoy cuando la sociedad postindustrial llena el mundo enriquecido ha ganado plena actualidad lo escrito en los sesenta. Las fiebres promarxistas han pasado, ya que su hundimiento ha certificado su fracaso; los complejos religiosos han manifestado su absurdo, porque las organizaciones apostólicas del franquismo han proporcionado a la sociedad española la única promoción de militantes obreros posterior a la Guerra Civil, y el proceso tecnológico -calibrado correctamente por Rovirosa- no fue visto por los empobrecidos promarxistas de los sesenta.

Rovirosa, muerto en los sesenta, brinda a los cristianos de hoy, las posibilidades de servicio que el Evangelio nos narra y el imperialismo actual nos niega, a pesar de lo cual experiencias como COPAN, EMAÚS, VOZ de los SIN VOZ, ID y EVANGELIZAD y AUTOGESTIÓN, son un hecho-semilla de lo que grupos de terciarios apostólicos pueden hacer en nuestra sociedad.

Julián Gómez del Castillo
Responsable Ediciones “Voz de los Sin Voz”

.....

Índice general

a. Guía de lectura: LA VOCACIÓN DE SERVIR

b. Declaración

I. Capítulo primero: MIRADA HISTÓRICA

Prehistoria

Historia

Fase individualista de la Historia

Las luchas sociales

¿Qué pensó Marx de los terciarios?

Países capitalistas

Países marxistas

II. Capítulo segundo: LA «MATERIA» DE LOS TERCIARIOS

¿Quiénes pagan a los terciarios?

¿Para qué les pagan?

La «materia» del terciario actual

¿Qué piensan los proletarios de los terciarios?

¿Qué piensan los burgueses de los terciarios?

¿Qué piensan de sí mismos los terciarios?

III. Capítulo tercero: UN «ESPÍRITU» PARA LOS TERCIARIOS

El apostolado obrero hasta ahora

Servir

La técnica

La beneficencia

Visión de futuro

Panorama

Misión de la Iglesia

Las capillitas

La Conversión Bautismal

CONCLUSIÓN (un poco larga)

LA VOCACIÓN DE SERVIR

Si Rovirosa fue un especialista en Cristo de acuerdo con la fórmula del Cardenal Verdier escuchada al azar y que propició su «primera conversión», fue también, y por ello mismo, un especialista en apostolado seglar, sin duda el más eminente que ha conocido el que esto escribe. Esta cualidad brilla con luz esplendorosa en el libro que me atrevo a presentar en estas líneas y en el que aborda un campo de especialización muy poco atendido y casi despreciado en aquellos primeros años de la década 1960-70: el de los trabajadores del sector de los servicios, es decir, los terciarios, palabra que hace de título de esta obra, escrita en el verano de 1963, último de su vida.

Como en tantas otras ocasiones, el autor huye deliberadamente de realizar una obra «científica» y se apresura a comunicar al lector, muy al principio del texto, que sólo se propone describir sus experiencias, lo que él ha visto y oído en relación con el grupo humano sobre el que ha enfocado su atención apostólica, pues se declara convencido de que el resultado final de la investigación habrá de ser obra de muchos, un planteamiento análogo en este aspecto al de la *Serie Copín*.

Se trata, pues, de una auscultación del ambiente que rodeaba a los terciarios en aquella época, lo que opinaban de ellos los trabajadores industriales, que sin duda ostentaban en aquellos tiempos la primacía en la lucha obrera y que reprochaban a los terciarios su escaso sentido de la solidaridad; los burgueses que despreciaban su servilismo, aun utilizándolo para sus propios fines; los propios terciarios que se menospreciaban a sí mismos; y finalmente la valoración personal del mismo Rovirosa, quien consideraba que los terciarios de 1963 vivían una etapa de individualismo feroz, que no duda en calificar de «desoladora».

En resumen, el sector era un cuerpo enorme pero carente de espíritu.

Sin embargo, Rovirosa ve mucho más allá de tan negro panorama y, pese a esta apreciación desfavorable, encuentra razones más que suficientes para invitar a sus seguidores a la ardua empresa de revitalizar aquella masa amorfa y entonces difícilmente clasificable. En las páginas de *Terciarios* se revela como un agudo observador del panorama socioeconómico del momento al detectar los síntomas iniciales del irresistible ascenso de todo un sector que hoy se ha convertido en primerísimo protagonista del movimiento obrero, y al comprender el papel fundamental que sus miembros están llamados a desempeñar no sólo en sus específicas tareas como trabajadores sino también en todos los terrenos de actividad, desde el político al apostólico.

Entiende que la Redención de Cristo también ha de alcanzar al mundo terciario y expresa su convicción de que *este estamento es el idóneo y adecuado para encarnar los valores cristianos en la vida social de la humanidad*. Y esto principalmente se debe a que los trabajadores del sector tienen la misión de servir, no la de producir, y Rovirosa ve en ello un lejano reflejo de la misión que Cristo se había impuesto en la tierra, que era la de servir y no ser servido. Y concluye con lógica manifiesta que los más eficaces difusores del mensaje evangélico serían no los que mandan (como algunos parecían y parecen creer) sino los que sirven.

Es cierto que entre este altísimo concepto de servicio y el servir tal como se entendía en aquellos tiempos (y en éstos) había una inconmensurable distancia, con sus distintos grados que el autor enumera con gracia: servir con amargura, con resignación, con docilidad, con martingala, «servir pelotilla», servir con gruñidos, etc. Pero la chispa divina existe bajo la apariencia más ingrata. Y Rovirosa, aquí buscador de tesoros como el Dimas de su relato, la percibe donde menos podía esperarse y se dispone a infundir el Espíritu en aquel cuerpo que daba sólo inciertos signos de vida, material y espiritual.

Muy notable es la descripción del sector terciario que contiene la primera parte de este libro, si bien resulta un tanto incompleta por causa del método «ambiental» elegido, aunque no por ello sea menos veraz. Sin embargo, el «punto fuerte» (empleando este término rovirosiano) de la obra

se sitúa en su segunda parte, donde Rovirosa ejecuta una admirable aplicación de sus principios evangelizadores a la tarea de penetración apostólica en un ambiente poco explorado y en principio escasamente propicio a recibirla, y asegura que sin una auténtica base teológica y evangélica el experimento acabará fracasando como tantos otros intentos presentes y pasados. Es necesaria, en su sentir, una acción de *toda la Iglesia*, que opone a la vía de los capitalistas y de las cofradías, que sólo puede conducir a un nuevo desengaño; una acción fundada en valores básicos de la doctrina cristiana, principalmente la conversión bautismal y la fidelidad a las promesas del bautismo, asuntos ya tratados por Rovirosa en obras precedentes como, entre otras, *Cooperativismo integral*, *Dimas* o el imponderable *capítulo quinto de judas*.

Ciertamente son ideas que pueden extenderse a cualquier acción apostólica profunda y auténticamente evangelizadora, y de hecho Rovirosa las desplegó anteriormente en su *Cooperativismo integral*, pero aquí su pensamiento adquiere vuelos aún más altos y sublimes que abren camino a una oleada de optimismo arrollador, en estudiado contraste con las recargadas tintas de la primera parte de este escrito. El autor atisba la constitución de equipos de terciarios que desarrollarán su misión evangelizadora por los caminos que el Señor les trace sin estar sometidos a ninguna «letra» especial y en plena disponibilidad hacia el espíritu de la Iglesia. Ve a los terciarios sirviendo -en sentido cristiano- en el ámbito de las cooperativas de toda índole, en el mundo de la enseñanza, de la sanidad, de la asistencia social... Es el mundo entero que se abre para los que se entregan a la vocación de servir.

A. R. C.

DECLARACIÓN

Empiezo estas «notas» diciendo:

Después de muchos años de intervenir en «lo social» me doy cuenta de que se ha dejado de lado (prácticamente) el factor principal; que es el trabajador terciario. Así se explica la precariedad de las soluciones (aparentes) que se han propuesto por unos y otros. El hecho ciertísimo es que en cada país su *estilo social* se mantiene por la fuerza. Esto es válido para todos los países del mundo de hoy.

Tanto en las naciones más marxistas como en las más capitalistas, pasando por todos los Estados intermedios, todos están de acuerdo en que no puede haber libertad en lo social; los que detentan el poder imponen su sistema por la fuerza. Todos están de acuerdo en que los cambios solamente pueden producirse por medio de la violencia.

Cuando por un lado nos extasiamos ante el poder creador del hombre en el terreno técnico y científico, no podemos menos, por otro lado, de sentir una profunda vergüenza ante la situación social, en la que la libertad cada vez está más restringida, y (lo que es peor) estamos convencidos de que para convivir (o coexistir) no hay otro camino que apoyarse en la fuerza. Esto es degradante, si nos tenemos por civilizados.

Las páginas que siguen no pretenden ser un estudio exhaustivo de este tema, ni mucho menos. Ello tendrá que ser la obra de muchos.

Lo único que me propongo es lanzar una fuerte pedrada en la charca de las ranas.

Mi principal esfuerzo lo realizaré con vistas a expresarme con claridad, de manera que el lector pueda seguir sin fatiga el trayecto que la realidad me ha hecho recorrer a mí.

No voy a pretender descubrir a los trabajadores terciarios; ya hace bastantes años que este Mediterráneo está descubierto.

Y no solamente descubierto; sino estudiado en muchos de sus aspectos. Las estadísticas también están ahí, con su caudal de datos, de las que tantas conclusiones se han sacado y tantas se podrán sacar.

No pretendo hacer un estudio más sobre los terciarios, lo cual tendría muy poco interés a causa de mi escasísima solvencia científica. Lo que pretendo es comunicar al lector lo *que he visto*, que es esto:

1º En nuestras sociedades, divididas en clases, los terciarios no han constituido *una clase* hasta ahora.

2º La lucha de clases ha conducido a la *disolución progresiva* de los dos prototipos: el burgués

y el proletario. Cada día hay menos proletarios y menos burgueses «típicos». Cada día hay más terciarios. La sociedad sin clases será la sociedad de terciarios y no aquella en la que han triunfado los proletarios, o aquella en la que han triunfado los burgueses.

3º Aquí es donde entra de lleno el mensaje cristiano, que tantas dificultades ha presentado para poderlo «encajar debidamente» en cualquiera de las facetas en que la cuestión social se ha manifestado hasta hoy.

Capítulo primero

MIRADA HISTÓRICA

Aceptamos la subdivisión corriente de la actividad laboral humana, en tres categorías:

a) *Primarios*: Los que consiguen las *primeras Materias*. Engloba la caza (ganadería), la pesca, la minería, la agricultura...

b) *Secundarios*. Los que *transforman* las primeras materias en productos acabados, aptos para el consumo. Aquí entra la industria en todos sus aspectos.

c) *Terciarios*. Son los que proporcionan *servicios* a la sociedad. El comercio, la enseñanza, la Banca, el orden público, la administración pública y privada...

Prehistoria

Existen indicios fehacientes de que la actividad de las personas válidas se dedicaba exclusivamente al aspecto primario.

Esta fase tan nebulosa de la historia, fue seguramente aquella en que el hombre tuvo un mayor parecido con los demás animales de la creación.

Historia

Cuando los hombres empezaron a fabricar herramientas, a cocer el barro, a utilizar ciertos metales, a tejer fibras, a construir edificios... puede decirse que empieza la historia y la civilización.

Las actividades secundarias marcan esta segunda etapa, que ha durado hasta hace pocos años.

Hoy se puede seguir con cierta precisión la marcha histórica de los diversos grupos humanos que no ha sido uniforme, ni mucho menos. Las guerras fueron el gran elemento de perturbación para una marcha normal. En unos casos las derrotas representaron el hundimiento de una civilización muy antigua y elaborada, como Egipto; en otros las victorias representaron todo lo contrario, como fue la conquista del Imperio Romano por los bárbaros.

En general, se considera el progreso de la humanidad mirando la evolución de las ideas, de las doctrinas y de las formas políticas y no me cabe duda de que esto es correcto; lo que no es tan correcto es el considerarlo como elemento exclusivo de la marcha de la civilización.

Esta visión histórica peca por el lado contrario, por el que peca la interpretación materialista de la historia de Carlos Marx, para el cual lo único que cuenta son las formas de producción, y todo lo demás, literatura, arte, formas políticas, religión, etc., no son sino infraestructuras cuya justificación y necesidad no tienen otro origen que la lucha por los bienes materiales, cuya constante era (y es) el afán del pequeño número de privilegiados para acaparar en su favor el resultado del esfuerzo productivo *del gran número*, que había que mantener en estado de sometimiento por todos los medios.

Entre la visión histórica tradicional, que (para entendernos) podemos denominar «intelectualoide» y la interpretación marxista, está apareciendo actualmente una especie de síntesis, de la que pueden esperarse copiosos frutos.

Pero no es este aspecto histórico el que aquí nos interesa, sino el tratar de darnos cuenta de las circunstancias que han determinado la aparición de los trabajadores terciarios, tal como lo vemos en la actualidad.

A mi entender creo que hay que fijarse en dos fases históricas, que no están (ni pueden estar) separadas por una fecha, sino que obedecen a dos mentalidades:

- a) La *fase individualista*, que existe desde siempre, y no ha terminado todavía, ni mucho menos.
- b) La *fase comunitaria*, que empezó con Nuestro Señor Jesucristo, pero que hasta estos tiempos no ha empezado a manifestarse. Dejando de lado los Santos, que han sido la excepción, los cristianos (de Constantino para acá) hemos puesto el acento en *salvar el alma* con lo que al individualismo terrenal añadíamos el individualismo trascendente.

De una manera muy rápida y esquemática vamos a fijarnos en estas dos fases.

Fase individualista de la Historia

Los hombres han vivido siempre en sociedades más o menos grandes. No sabemos de ninguna etapa de la historia humana en que cada individuo haya vivido estrictamente por su cuenta, desentendiéndose de todos los demás, como las liebres.

Lo que caracteriza una sociedad individualista es la mentalidad de los que la componen, que puede expresarse así:

El ideal a que hay que aspirar es el de conseguir el máximo de bienes, de beneficios y de satisfacciones posibles en la agrupación humana de que formo parte, contribuyendo con el mínimo posible en los esfuerzos para conseguir tales bienes.

No hay que cavilar mucho para darse cuenta de que si en una agrupación humana hay algunos «vivos» *que sacan más de lo que meten*, es forzoso e inevitable que haya otros que *meten más de lo que sacan*.

Esto se ha querido justificar de numerosas y diversas maneras, y ahí está el Derecho Romano cuya faceta principal consiste en definir, legalizar, consolidar y defender los privilegios de los que sacan más que meten, manteniendo a raya, principalmente con leyes penales, a los que meten más que sacan.

Esta situación histórica todavía dura, en el sentido de que esta mentalidad, en más o en menos, es la de casi todos los que habitamos este planeta. No creo que los hombres hayamos cambiado nuestra mentalidad individualista; lo que ha cambiado son las circunstancias históricas a que hoy ha conducido, precisamente, la etapa final de esta manera de ser individualista.

El individualismo de que estoy hablando empieza en el individuo, pero de ordinario no termina en él. Quiero decir que no se limita a su YO, sino a lo suyo. Un individualista feroz puede sacrificarse por los suyos, y esto lo vemos con frecuencia. Estos «suyos» pueden ser los de su familia, los de su «clan», los de su negocio, los de su partido político, los de su religión, y todo esto todavía es individualismo.

¿Qué tiene que ver todo esto con los «terciarios»? A mi entender esto explica la escasa influencia de los «terciarios» en esta larga etapa de la historia.

Veamos: en los tiempos de la esclavitud, los privilegiados tenían seguramente esclavos primarios, secundarios y terciarios. Los privilegiados eran los numerosos, evidentemente. Los secundarios (artesanía) debían ser más o menos numerosos según el temperamento del «amo». El número de los terciarios debía depender del refinamiento de los amos. Ya se comprende, además, que no debía ser fácil (si a alguien se le hubiese ocurrido) clasificar a los esclavos, ya que según los momentos y lugares se les aplicaba a lo que el amo quería.

En los trabajadores libres esto último debía ser diferente. Quiero decir que cada cual debía mantener su profesión con cierta fijeza.

Los terciarios libres (no esclavos) debieron ser, proporcionalmente, muy escasos. Los encargados de la justicia, de la enseñanza, de la administración pública; etc., actuaban en forma expedita, y su apoyo eran los soldados, que ponían de manifiesto el poder del príncipe, en cuyo nombre se hacía todo. Quiero exponer aquí, a título personal, una pervivencia de esta mentalidad recordando que en mi infancia (a principios de siglo) todavía formaba parte del lenguaje corriente el decir que los soldados en filas iban a *servir al Rey*.

En los pasos sucesivos de la historia, hasta hace pocos años, los terciarios estaban al servicio de «alguien», o de «algunos», que tenían poder suficiente (económico, político...) para pagarlos y tenerlos a

su servicio (servidores). Esta situación explica la aparición sucesiva de grupos religiosos que se dedicaban a las obras de misericordia (comida, albergue, enseñanza...) de los menesterosos. Estos religiosos, en cierta manera, podemos considerarlos como los precursores de los modernos terciarios, que no «sirven» a individuos, o grupos de individuos, sino a instituciones, más o menos definidas.

Mi opinión es que hasta la Revolución Francesa (para poner alguna fecha) los trabajadores terciarios formaban pequeños grupos alrededor de los poderosos, que los pagaban *para su servicio*, buscándose en ellos como cualidad principal la de la *fidelidad al amo*. Ya se comprende que era poco menos que imposible que en su conjunto tales terciarios llegaran a tener algo en común que les diera una fisonomía propia. Se consideraba una verdadera suerte el que el hijo (o la hija) de unos trabajadores primarios pudiera entrar en la órbita de los poderosos, y éste los protegiera. Todavía hoy, las hijas de muchos labradores españoles consideran preferible el servicio doméstico (incluso fuera de España) a la vida de un trabajador agrícola.

En los tiempos de la artesanía, tengo para mí que no debían ser muy frecuentes los «desplazamientos» de secundario a terciario; en comparación con los primarios, que si seguían trabajando como tales primarios era porque no había manera de dedicarse a otra cosa.

Es altamente instructiva la historia de los mecenazgos, que fue lo que permitió que algunos artistas, literatos y científicos pudieran llegar a darse a conocer, y la miseria de los genios que no aceptaron ser tutelados por unos asnos cargados de oro.

Insisto en observar que esto no terminó con la Revolución francesa, sino que entonces empezó a evolucionar, y en gran manera hoy sigue perviviendo. Quizá el control que ejercen los poderosos de la Unión Soviética sobre los intelectuales, artistas y científicos, sea la última versión, a escala enorme, de los mecenazgos de que se habla en el apartado anterior.

Mi impresión es que la mentalidad individualista general ha provocado a lo largo de muchos siglos (y provoca todavía) un tipo de terciario de un individualismo feroz, cuyo primer objetivo era poderse liberar del campo, de la mina, o de cualquier otro trabajo duro y mal pagado, a base de «servilismo», sabiendo que su «estabilidad» terciaria dependía únicamente de que el amo estuviera satisfecho de sus *buenos y leales servicios*.

Creo que los terciarios debían aparecer como un apéndice indispensable de los poderosos (más o menos); de la misma manera que la prole hambrienta era el apéndice natural de los proletarios. Y aquí ya me refiero a las primeras décadas que siguieron a Napoleón.

Las luchas sociales

No he de repetir lo que en tantos tratados, manuales y libros se explica sobre el planteamiento y las incidencias de las luchas sociales a lo largo del pasado siglo.

Hubo actitudes y posiciones para todos los gustos. Los mismos hechos provocaban reacciones opuestas, según fuesen los prejuicios de los que los contemplaban. Así aparecieron doctrinas que iban desde la subversión total, pasándolo todo a sangre y fuego; hasta el «angelismo» de los católicos, a base de limosnas y novenas. Puede decirse que todos adolecían de *poca seriedad*; sus argumentaciones eran un fárrago de elementos sentimentales, ¡repulsivos, infantiles!, en las que lo utópico solía tener un lugar preferente. El único que escapó a este reproche fue Carlos Marx, quien fue el primero que introdujo el método científico en estos estudios, y esto puede explicar en gran parte el peso enorme que su sistema ha tenido, inclinando progresivamente a su favor la «balanza social», frente a otros sistemas que carecían del valor científico del marxismo, aunque tuvieran elementos éticos, metafísicos y sobrenaturales de un peso infinito, de los que carece el marxismo.

Qué pensó Marx de los terciarios?

Puede afirmarse que los desconoció. No solamente porque la noción de trabajadores primarios, secundarios y terciarios ha aparecido y es de uso corriente en el siglo actual, sino porque en el planteamiento de lo que él llamó *la lucha de clases*, los terciarios no tienen ningún papel.

En su esquema, los dos antagonistas son el proletario y el burgués. El que cada vez está más flaco y frente al que cada vez está más gordo. Con mentalidad individualista, las cosas no pueden ir más que así, y

cada vez mejor para los explotadores y peor para los explotados.

La única defensa posible de los proletarios está en su unión. Unidos, son invencibles, y su destino es ser los amos del mundo.

La visión profética de Marx tuvo un gran número de aciertos, que nadie puede negar. Pero falló en dos aspectos, que tampoco nadie puede negar. Voy a fijarme en ellos, por la gran relación que tienen con los trabajadores terciarios. Son los dos siguientes:

1º La evolución social de los países capitalistas.

2º La implantación del comunismo en los países comunistas.

Países capitalistas

Marx suponía que el *Estado liberal*, cuya divisa era el *laissez faire, laissez passer*, seguiría fijo e invariable, y entonces es fácil que sus profecías se hubieran cumplido todas.

Pero las circunstancias históricas, derivadas principalmente de las dos guerras mundiales y de la implantación de los Soviets en Rusia, han provocado un cambio enorme en la estructura de los Estados llamados capitalistas, pues se ha pasado de la inhibición a un intervencionismo cada vez mayor en lo social, y en lo económico.

Esta intervención del Estado no se hace solamente a través de organismos cada vez más complejos, que son los encargados de cumplir y hacer cumplir lo que se manda en las leyes. Y así ha ido apareciendo una burocracia de la que no se tenía la menor idea hace cincuenta años, y que hoy engloba un número inmenso y cada vez mayor de trabajadores terciarios.

Simultáneamente a esta aparición masiva de los terciarios, se produce una especie de “disolución” de los burgueses y los proletarios típicos, de los que figuran en las caricaturas, el uno con una gran panza y el otro demacrado. No digo que no existan, sino que su número se va reduciendo, y en su lugar aparecen los accionistas y obligacionistas por una parte y los *managers* por otra, en lo que se refiere a los «amos»; y el proletario clásico ya adquiere una profesión y su nivel de vida aumenta. Además, los modernísimos medios de producción tienden constantemente a reducir el número de secundarios en la industria.

Así se marcan tres etapas en el desarrollo económico de un país, que en determinados aspectos pueden ser simultáneas:

1º Caracterizada por un perfeccionamiento de métodos en la agricultura, que aumenta la producción, por una parte, y deja sin trabajo a muchos obreros, por otra parte. Esto provoca el éxodo de los campesinos a los centros industriales.

2º El desarrollo de la industria exige cada vez más obreros calificados y menos peones. La automatización ha de representar un gran paso en este sentido.

3º El número de terciarios aumenta incesantemente, tanto en el sector público como en el privado y son muchos los que ven en esta progresión un indicio cierto del desarrollo y la prosperidad de un país.

El hecho es que habiendo aparecido en la escena social este sector terciario tan numeroso y que aumenta sin cesar, parece como si nadie se diera cuenta de ello, ni siquiera los mismos interesados. El hecho es que las luchas sociales, los problemas sociales, se plantean constantemente entre los dos sectores (empresarios y obreros) que durante el último siglo han adquirido lo que se suele denominar *conciencia de clase*.

No insisto en esta *ausencia* de los terciarios porque más adelante voy a dedicar la atención a este hecho que estimo tan trascendental.

Países marxistas

En estos el proceso ha sido mucho más rápido. Una vez terminada la *lucha de clases* por la eliminación de una de ellas, el partido necesitó organizar una estructura que supliera a la anterior y que implantara las directivas del nuevo Estado socialista.

Con las dificultades enormes que un tal salto representa, la recluta de terciarios hubo de hacerse

como se pudo, pero no cabe duda de que su número ha de ser enorme.

El Partido debió (y debe) ser el gran depósito de donde proceden estos terciarios, en todas sus categorías.

En los países marxistas ocurre algo análogo a lo que veíamos en los países capitalistas, esto es: que los terciarios, con ser tan numerosos, *no pesan en lo social*. Los que no son terciarios los miran de reojo, como a los «enchufados», y ellos mismos tampoco han adquirido conciencia de su ser colectivo.

Capítulo segundo

LA «MATERIA» DE LOS TERCARIOS

En el ser humano individual, los primeros tiempos de la vida se caracterizan por un predominio total de la materia; la influencia y el desarrollo del espíritu aparece lentamente y no alcanza cierta plenitud hasta que el cuerpo ha llegado a su completo desarrollo.

En los *seres colectivos* (en general) creo que ocurre algo parecido. En el fondo me parece que esto es lo que quiere expresar el aforismo antiguo: *primero vivir, después filosofar*.

Nos encontramos actualmente ante un ser colectivo que ha aparecido en la historia casi por generación espontánea, que son los terciarios.

Existen otros seres colectivos que tienen padres conocidos, tales como el marxismo, el liberalismo, el protestantismo, los esperantistas, etc.

Los burgueses y los proletarios son hijos del liberalismo engendrado por la Enciclopedia, con Rousseau a la cabeza. Aquí, quizá, pudieran encontrarse los padres involuntarios de los terciarios. Pero no creo que merezca la pena el entretenerse en estas investigaciones.

El hecho es que la aparición de los terciarios no fue anunciada por profetas, ni fue preparada a base de teorías, planes ni revoluciones, ni hubo héroes que sacrificaran su vida para implantarla, ni es fruto de algún «movimiento», no. Nada de todo esto. Han aparecido en la Historia de una manera casi imperceptible, hasta adquirir el volumen inmenso con que aparecen ante nuestros ojos; y aquí están. Voy a esforzarme, hasta donde me sea posible, en seguir su proceso de desarrollo. Podemos definir el terciario así: *es la persona que percibe unos emolumentos por realizar unos trabajos no productivos (servicios)*.

Para tener una idea más o menos clara del *ser* de los terciarios, es conveniente explorar:

1º ¿Quiénes pagan a los terciarios?

2º ¿Para qué les pagan?

3º ¿Cuáles son las «cualidades» de los terciarios más apreciadas por los que pagan?

Vamos a intentar responder rápidamente a estas tres preguntas, mirando primero lo que ya hemos denominando la etapa individualista, y después la etapa que hemos llamado social, y que se inició hace más de un siglo.

¿Quiénes pagan a los terciarios?

Creo que, por lo que se refiere a la etapa individualista, puede responderse sin lugar a dudas que los que pagaban a los terciarios eran *las grandes familias*, entendiendo por grandes familias todas las que poseían privilegios y preeminencias, desde la familia real a la familia pueblerina que poseía más tierras de las que podía trabajar.

Los organismos públicos, en aquella etapa, eran prodigiosamente rudimentarios y, de una manera o de otra, siempre estaban adscritos a una de las «grandes familias», o a varias.

Actualmente, en los países llamados de Occidente, esto sigue siendo verdad, aunque se han introducido nuevos elementos. No podemos desconocer que cierto número de grandes familias disponen todavía de un poder enorme en lo económico y por consiguiente en lo político, en todas sus ramificaciones. Esto procura disfrazarse de diferentes maneras, según que los países sean más o menos

democráticos, pero es un hecho que no se puede desconocer, si no queremos movemos en la estratosfera.

La gran masa de los terciarios actuales vienen pagados por el Estado y otros organismos públicos, por una parte, y por los organismos privados, por otra. Entre estos últimos, además de los bancos, hay que incluir no solamente las empresas que explotan *servicios* más o menos públicos, sino toda clase de empresas, así como las asociaciones de toda índole que necesitan inevitablemente de los servicios de diversos terciarios.

En los países marxistas esto se simplifica, ya que, al menos en teoría, todos los terciarios están al servicio del Estado, a través de una complicada red que cubre todo el país.

¿Para qué les pagan?

Creo que éste es uno de los puntos más interesantes para nuestro estudio.

En los tiempos del puro individualismo, esta pregunta podía contestarse así: El terciario cobraba dinero a cambio de hacer lo que le mandara el que le pagaba. Todo dependía, por una parte, de la conciencia del que pagaba, y por otra, del «aguante» del que cobraba. No había más «estatuto» que la voluntad del que mandaba, el cual, teóricamente, no podía mandar nada que fuera criminal. Pero el hecho es que no era un caso raro el contratar terciarios para perpetrar verdaderos crímenes.

El que pagaba podía, en cualquier momento, *echar a la calle* al terciario, y ésta era una espada que el terciario sentía siempre suspendida sobre su cabeza, y que con frecuencia le obligaba a actuar contra su conciencia. Teóricamente, el terciario podía despedirse y buscarse otro «acomodo»; lo primero era relativamente fácil, pero lo segundo no tanto. El llamado *pacto del hambre* es muy antiguo, y su origen se pierde en la noche del tiempo.

Pero no puede olvidarse que el terciario era una persona humana, y no un mero instrumento en manos del que le pagaba. Quiero decir que si se sentía tratado con afecto, era posible que devolviera afecto por afecto, y lo contrario en caso contrario.

Actualmente es general lo que se llama *inamovilidad* del terciario; no se le puede echar a la calle si no es por causa grave, a través de un expediente que termina en una sentencia judicial; esto ha aportado cierta seguridad muy apreciable en los terciarios de hoy.

Pero ahí está el *jefe*, que ya no es el *amo* de los tiempos antiguos, pero que tiene con él un parecido psicológico notable.

El jefe ya no puede mandar lo que quiera a su subordinado, pues sus atribuciones están delimitadas a unos trabajos, a unos tiempos y a unos lugares determinados. Pero el jefe tiene en sus manos el arma terrible del *informe*. Si el jefe está contento, las perspectivas del terciario son muy diferentes que en el caso de que el jefe no *pueda tragar* a su subordinado. No hay que extenderse en esto, pues es demasiado sabido.

El jefe no es quien paga al terciario, pero para el caso viene a ser lo mismo. El terciario que es funcionario de Hacienda sabe seguramente que quien le paga, en último término, son los contribuyentes que acuden a su ventanilla, pero estos le tienen perfectamente sin cuidado; de quien depende él es del jefe.

Todo esto que se acaba de indicar es suponiendo que la paga del terciario es suficiente para llevar una vida decorosa y digna, lo cual no suele ser verdad, sobre todo en los que no son *altos funcionarios*.

Se comprende que en los países en los que está en honor la ley de la oferta y la demanda, la paga de los terciarios sea exigua, debido precisamente al gran número de los que quieren escapar de los sectores primario y secundario.

Esta estrechez económica ha de repercutir necesariamente no sólo en la mentalidad del terciario, sino en las maneras que habrá de emplear para defenderse, y encontrar suplementos *donde pueda*. Estos suplementos los encontrará, en el más honesto y agotador de los casos, trabajando 16 horas diarias en vez de ocho, y aprovechándose de su situación para lograr «propicias» en el otro caso extremo.

En los países marxistas supongo que la actual situación de los terciarios no ha de ser muy diferente de la [que hay] aquí.

¿Cuáles son las «cualidades» de los terciarios más apreciadas por los que los pagan?

Mirando los tiempos del individualismo estoy seguro de que la cualidad que se apreciaba por encima de todas era la fidelidad.

El servidor que se olvidaba de sus propias necesidades para estar atento a los caprichos del amo, y que

se olvidaba de las exigencias de su moral personal para aceptar como «bueno» todo lo que emanaba del amo, debía ser considerado como la perla de los servidores.

Las otras cualidades de inteligencia, laboriosidad, simpatía, habilidad, discreción, etc., eran más bien contraproducentes, si el amo se percataba de que el servidor las utilizaba para su medro personal más que al servicio de quien le pagaba. Por esto, seguramente, el *servidor ideal* ha sido un animal tan rarísimo dentro de la familia humana.

En el fondo se pretendía una despersonalización del servidor. Que éste viera con los ojos del amo; que pensara, sintiera, juzgara, gozara y sufriera con el amo. Esto era lo que el amo quería, y esto era (más o menos explícito) lo que el candidato a servidor ofrecía.

Con carácter atenuado, hoy todavía es esta fidelidad y esta despersonalización lo que se exige de los terciarios. Que por encima de sus valores humanos figure la sumisión, el acatamiento, la adhesión... a las órdenes, consignas, normas y reglas que vienen «de arriba».

Tengo para mí que en los países socialistas esta despersonalización del terciario no es menor que en el mundo occidental, sino todo lo contrario.

La «materia» del terciario actual

Sabiendo que cada persona es un caso único en la historia, y que como tal hay que considerarlo para no ser injusto, no tengo más remedio que referirme a los terciarios en general, aceptando de antemano todas las excepciones y casos particulares que se quieran presentar como negación de lo que voy a exponer.

Voy a empezar por tratar de responder de manera rápida y esquemática a estas tres preguntas:

1ª ¿Qué piensan los proletarios de los terciarios?

2ª ¿Qué piensan los burgueses de los terciarios?

3ª ¿Qué piensan de sí mismos los terciarios?

Finalmente, expondré sucintamente lo que yo pienso de los terciarios actuales.

¿Qué piensan los proletarios de los terciarios?

Seguramente habría sido más correcto decir *secundarios* en vez de proletarios, pero estoy seguro de que el lector no sufrirá ninguna confusión.

No tengo ningún empacho en afirmar que el sentimiento dominante es de desprecio. El origen principal creo que reside en considerarlos como *criados del amo*. Tanto si se trata de terciarios del sector público como del sector privado, se les mira como individuos sin personalidad, dispuestos siempre a bailar según el son que su amo les toque.

Para ellos no cuenta la lucha de clases en su sentido de justicias e injusticias. Ellos en esto, como en todo, se ponen de parte del amo, esperando que éste les deje caer algunas migajas.

Muchos de ellos proceden de familias proletarias, cuyos padres (a base de sacrificios heroicos) han querido para sus hijos un porvenir mejor que el suyo, y estos son vistos por los militantes obreros no sólo como unos tráfugas, sino como unos traidores. Ello no obsta para que el movimiento de proletarios a terciarios sea cada vez mayor.

Claro está que no todos los obreros secundarios son militantes en las luchas sociales, ni mucho menos. Aquellos que no quieren exponerse por sí *van mal dadas*, en general sienten *envidia* ante los terciarios, y éstos son los que empujan a sus hijos a mejorar de situación para que no se pierda ningún talento, dicen.

Los contactos *naturales* entre obreros manuales y terciarios son rarísimos, y ello contribuye más a su mutuo desconocimiento e incompreensión. El terciario siente una atracción especial por «lo burgués», en cuanto a cultura, diversiones, ambiente, etc.

Resumiendo diré que el obrero normal desconfía generalmente del terciario, por creer que la mentalidad de éste es de lacayo del que le paga, con toda la miseria humana que esto puede llevar consigo. No establece distinciones entre terciarios de alta y baja graduación: todos padecen del mismo mal, de defender los intereses del amo en las incidencias más o menos espectaculares de la lucha social.

¿Qué piensan los burgueses de los terciarios?

Aquí, también, en vez de burgueses habría sido mejor referirme a los «jefazos», tanto en el sector

público como privado.

En este caso, mi conocimiento ya no es tan inmediato como en la pregunta anterior. Pero no creo equivocarme si digo que ante los terciarios sienten también un sentimiento dominante de *desprecio*, aunque no es del mismo orden del de los proletarios.

El obrero manual, en un razonamiento demasiado simplista, los desprecia por traidores; el origen del desprecio de los «jefazos» hay que buscarlo en el *servilismo* de un número excesivo de terciarios, que confían más en la «pelotilla» que en sus valores profesionales.

¿Qué piensan de sí mismos los terciarios?

Creo (y pido perdón si alguno se molesta) que en lo más profundo de su ser también siente, si no desprecio, si menosprecio.

La razón principal la encuentro en su casi total carencia de sentido de solidaridad entre sí. Su individualismo, en lo que yo he podido observar, es excesivo. Cada uno a lo suyo, y a sacar la mayor y mejor tajada posible, donde sea y como sea.

Toda su ilusión estriba en su *parecer* «señoritos», adoptando su léxico, sus modas, sus gustos, sus maneras, hasta donde les permiten sus posibilidades económicas, muchas veces con auténticos sacrificios.

El sentido de su dignidad, como elementos útiles y necesarios a la sociedad, he de decir que raramente lo he encontrado en los terciarios con los que he tenido contacto. La palabra «enchufados» con los que se les suele designar, me parece que los persigue implacablemente.

Y ahora, para terminar este capítulo, voy a decir algunas palabras de lo que yo pienso de los terciarios actuales.

En primer lugar, me doy cuenta de que estoy hablando en términos demasiado generales. Los terciarios constituyen hoy un verdadero «mundo», con unas variedades enormes. Lo sé; pero repito aquí lo que escribí antes: que mi intento no es estudiar a fondo estas cosas, sino simplemente dar un toque de atención sobre algunos aspectos que estimo fundamentales, y que quedan para el capítulo próximo.

Mi impresión es que pesa sobre los terciarios como una losa que los aplasta, la tradición milenaria de que los «servidores» están al servicio de quien los paga. Que la responsabilidad moral de sus actos recae sobre el que los paga, su responsabilidad se limita a cumplir con las órdenes que han recibido.

A pesar de que actualmente constituyen ya una masa inmensa de ciudadanos, y la existencia de su grandísima mayoría es fruto de la socialización progresiva del mundo actual (tomando la palabra *socialización* en su sentido más amplio), creo que casi todos ellos viven todavía en una etapa de individualismo feroz: cada uno a lo suyo, y apañarse lo mejor que pueda, sacando todo el partido posible de todo aquello de que se pueda sacar partido.

Aunque me haga pesado, vuelvo a insistir en que esto es lo que veo en términos generales; aceptando como válidos todos los casos en que las cosas no van así, que ya sé que no faltan, gracias a Dios.

Unas palabras sobre unos terciarios a los que hasta ahora no me he referido, que forman una categoría muy especial, y que hay que tener muy en cuenta. Me refiero a «las terciarias».

Desde tiempo inmemorial existen estas terciarias en el *servicio doméstico*, en número muy superior a los hombres.

Ésta era una «salida» para muchas hijas de campesinos, que actualmente cada vez más prefieren ir a la fábrica que hacer de «criadas». Esto explica el que cada día sean mayores las dificultades para encontrar «criada», y los esfuerzos de los industriales y los particulares para *electrificar* los hogares y poderse pasar del servicio doméstico.

Pero junto a la regresión cada día más acusada de estas terciarias, vemos la progresión constante y avasalladora de las terciarias en las múltiples y variadas tareas de toda clase de oficinas públicas y privadas, en los bancos, en el comercio... ¡en todas partes!

Es curioso observar que la presencia de las mujeres en las fábricas, a base de salarios bajos y largas horas de trabajo, se consideró siempre como una degradación de la mujer, y gran parte de la lucha obrera se encaminaba a que los hombres ganaran lo suficiente para que las mujeres no tuvieran que salir de la casa a buscar el pan; en cambio, la actual presencia femenina en los trabajos terciarios es considerada por todos como una liberación de las múltiples servidumbres a que la mujer estaba sometida desde tiempo inmemorial, y que se consideraban normales por todos.

Esto explica, a mi entender, que exista una gran diferencia entre la mentalidad de los terciarios y la de las terciarias.

Las terciarias van a estos trabajos como un camino para su liberación, y esto merece todos los respetos. Además, yo estoy convencido de que la grandísima mayoría de las tareas terciarias son más propias de mujeres que de hombres.

Pero también creo sinceramente que las terciarias actuales padecen de un individualismo tan exacerbado como el de los hombres.

Unas palabras finales para señalar el hecho de que los terciarios no son problema ni para los sociólogos, ni para los políticos.

Se supone que el sector terciario basta con convocarlo y pagarlo para que funcione bien. Como si no se tratase de personas libres y responsables, sino de puros instrumentos que *hacen lo que se les manda*.

El hecho es que tanto los marxistas como «los otros» carecen de *teoría* sobre los terciarios. *Se supone que este mecanismo basta con montarlo para que funcione correctamente*, Y cada vez tengo más firme el convencimiento de que una grandísima parte de los problemas y dificultades con que se tropieza en Oriente y en Occidente derivan precisamente de que este mecanismo no funcione correctamente. En vez de estudiarlo a fondo y atacarlo por la base, se busca la solución haciéndolo cada vez más complejo y monstruoso.

Y con esta visión desoladora doy fin a este capítulo.

Capítulo III

UN «ESPÍRITU» PARA LOS TERCIARIOS

En las páginas anteriores he intentado exponer lo que es actualmente el sector terciario. Lo veo como un cuerpo enorme, que cada día crece desafortadamente, pero que carece de un espíritu, en contraste con el *espíritu burgués* y el *espíritu obrerista*, cuyo choque originó lo que se designa como *problema social*.

¿Es un bien o es un mal, esta ausencia de conciencia colectiva en los trabajadores terciarios? Yo, personalmente, creo que es un bien. Y hago esta afirmación como persona dedicada al apostolado obrero católico durante largos años.

Si el capítulo anterior presentaba a los terciarios como un cuerpo inmenso sin alma, como algo amorfo, inconsistente, impreciso, que no había por donde cogerlo, éste capítulo quiere ser el de la Esperanza.

Creo firmemente que la Providencia ha ido disponiendo maravillosamente las cosas con vistas a sus designios.

El apostolado obrero hasta ahora

No quiero extenderme contando sus vicisitudes, que seguramente conoce, al menos en términos generales, el que lee estas líneas. Lo que si quiero es llamar la atención sobre algunos puntos:

1º Hasta ahora los católicos hemos seguido el esquema marxista en nuestra propaganda, poniendo nuestra atención y nuestro empeño en los trabajadores industriales, y desentendiéndonos prácticamente de los terciarios.

Si se trataba únicamente de «convertirlos», nada justifica esta preferencia. Si además de «convertirlos» se buscaba luchar por la justicia social, la cosa tampoco está clara, y vamos a fijarnos un poco.

Para los marxistas, que carecen de prejuicios morales, el apoyarse en las víctimas de las injusticias sociales es un gran acierto, ya que no es demasiado difícil empujar a actitudes extremas a los que sufren en su propia carne las injusticias sociales.

Para nosotros la cosa es muy diferente. ¿Es aceptable el ser juez y parte, en este pleito? ¿Puede llevar la marca cristiana del amor la lucha obrera tal como está planteada? Nosotros creemos que sí y lo explicamos, y lo razonamos, pero el caso es que muchas veces las cosas no son tan claras como desearíamos. Nos esforzamos en luchar por «la» justicia de todos, y no por «nuestra» justicia, pero, ¿es fácil esta

separación?

2º Son muchas las veces que hemos dado pasos en falso, por ignorar la situación real de las empresas a las que se presentaban reclamaciones. Ello es debido a que la información que se tiene por parte de los obreros manuales siempre se basa mucho más en apariencias que en realidades.

3º Y principal. Todos los que andamos en ello sabemos lo enormemente difícil que es el suscitar militantes obreros católicos. Y no puede ser más natural. Tales militantes, después de su agotadora jornada laboral (con frecuencia con horas extra) han de dedicarse a múltiples tareas de estudio, de reuniones, de actividades diversas, entre las que hay que incluir una preparación cultural y religiosa indispensable para ser jefes y guías de sus hermanos de trabajo. Júntese a esto los cuidados y desvelos que hay que dedicar a la familia (con frecuencia numerosa) y véase si no es algo sobrehumano aceptar puestos destacados de militante obrero católico.

Estos son algunos aspectos de la situación actual del apostolado obrero, consecuencia de habernos dejado llevar por la línea marxista, y haber puesto casi toda la atención en los obreros manuales. Este panorama hay que juntarlo al triste panorama que ofrecen los trabajadores terciarios, según veíamos en el capítulo anterior.

Servir

Estoy seguro de no equivocarme si afirmamos que el lema del «llamado» al apostolado social católico no puede ser otro que el de Cristo, y decirse constantemente: *No he venido a que me sirvan, sino a servir.*

Esta consideración nos hace mirar con un interés especial a los terciarios; cuya profesión no es producir, sino servir.

Pero se puede servir de varias maneras.

Vamos a fijarnos en algunas.

Servir con amargura. Lamentando su sino y maldiciendo su suerte, que le ha puesto en el volante del coche, y no sentado cómodamente detrás, por ejemplo.

Servir con resignación. Pensando que otros están peor, que quizá algún día mejore su suerte, que de todas maneras siempre es posible intentar sacudirse la carga sin que le reprendan...

Servir con docilidad. Propio de los que han nacido y se han criado en ambiente servil. Con la atención y la mirada puestas en las manos del amo, como se repite machacónamente en el Antiguo Testamento. Se acepta el servir con la misma actitud con que se acepta el tener la nariz larga o el pelo rubio.

Servir con martingala. Aceptar el servicio a otros para servirse a si mismo. Aquí lo que cuenta ya no es el salario, sino las propinas. Para esto hay que ser listo, y tener mucha vista.

Servir «pelotilla». Estos sirven con palabras, que como nube de incienso envuelven a los que deben servir. Su gran habilidad es pasar a hombros de otro servidor el servicio propio, y que todos queden tan contentos.

Servir con gruñidos. Son el polo opuesto de los anteriores. Sirven bien, pero gruñendo; con lo que nadie agradece sus servicios. Lo cual les hace gruñir todavía más; y así sucesivamente.

Todas estas maneras de servir, y otras muchas más que se podrían añadir, creo que son propias de los que *sirven* a otros movidos por criterios y conveniencias puramente naturales.

Aquí y muy de pasada me pregunto si es posible, en el orden vocacional, el que algún ser humano tenga «vocación» de servir a otro (a otros) seres humanos, sin más. A mi me parece que no; me parece que es contra la naturaleza caída del hombre, cuyo grito de guerra es el «non seviam».

Nada tiene de extraño por tanto, que el panorama general que ofrecen los terciarios, movidos

únicamente por impulsos naturales, sea el que hemos visto en páginas anteriores.

La técnica

Pero después de la última guerra mundial a los terciarios se les exigen cada vez más conocimientos técnicos, y las condiciones de ingreso son más y más difíciles y complicadas. Esto lleva consigo, evidentemente, una mejora considerable en sus emolumentos, y que cada vez sea mayor el número de candidatos a estos cargos.

Teóricamente estos terciarios están a las órdenes de sus superiores, y han de hacer lo que estos les manden. Pero el hecho es que progresivamente la técnica de los terciarios se impone a las órdenes de los jefazos. Cuando hay conflicto entre la voluntad del jefazo y el estudio técnico de los terciarios, que pone en evidencia que no conviene (a la entidad que sea) seguir la dirección que propugnaba el jefazo, no hay duda de que será la técnica de los terciarios la que se impondrá.

Esto que se acaba de esbozar, ha inducido a algunos a creer que nos acercamos a una era de *tecnocracia*. Yo, personalmente, creo que no; pero sea como sea, todavía me parece que estamos lejos de ello. Yo he querido consignarlo únicamente para indicar uno de los aspectos que van modificando por grados insensibles el *ser* de los terciarios.

Junto a las técnicas especializadas y a los conocimientos generales que cada vez se exigen con más extensión a los terciarios en general, así como la mejora de su situación económica; creo que en conjunto el panorama que ofrecen los terciarios es el que indicaba en el capítulo anterior en lo que se refiere a su individualismo y a su carencia de una mentalidad colectiva.

La beneficencia

La socialización progresiva propia de los Estados modernos ha ido *laicizando* (valga la palabra) casi todos los *servicios* de beneficencia que están a cargo de institutos religiosos, principalmente los hospitales, asilos, y toda clase de asistencia a enfermos y desvalidos. También se tiende a concentrar la enseñanza en organismos del Estado, el cual quiere asimismo acaparar lo que se refiere a las diversiones, asuetos, vacaciones, etc. Para todo lo cual el Estado va creando organismos integrados por terciarios que poco a poco van desplazando y anulando la labor que durante siglos ha sido propia de ciertos institutos religiosos.

Yo me abstengo de opinar aquí si esto es un bien o un mal; lo único que hago es constatar que los hechos van en este sentido.

Visión de futuro

Llegamos al tema central de este cuaderno que hasta aquí sólo he ido preparando.

Mi primera afirmación, como grito de optimismo, es ésta:

La Redención que nos trajo Nuestro Señor Jesucristo también puede alcanzar el mundo de los terciarios.

Y añado mi convicción de que este estamento, que ha aparecido como por generación espontánea, es el más idóneo, es el más adecuado para encarnar los valores cristianos en la vida social de la humanidad.

Pido al que lee estas líneas que me acompañe en una especie de viaje de imaginación (que es todo lo contrario de la fantasía) tratando de entrever lo que podría ser un grupo de terciarios que no se moviera por impulsos puramente naturales, sino qué encarnara la vida sobrenatural que el Señor nos trajo del Cielo a la tierra.

Panorama

Echemos un vistazo a tres estamentos cuyas denominaciones todavía figuran en nuestro léxico habitual: los políticos, los burgueses y la clase obrera.

Los políticos. Quisiera fijarme en el contraste entre la situación de hoy y la de hace veinticinco años, más o menos. Y en unos países más y en otros menos.

Las divisiones políticas de antes obedecían principalmente a ideologías, que se enfrentaban unas con

otras, mientras la vida seguía su curso. Hoy todavía se *habla* de ideas, pero de hecho lo que domina en el campo político es el progreso material del país.

Afortunadamente, las ideologías no han desaparecido, pero hoy figuran muy en segundo término. Antes la política era un arte; ahora quiere ser una ciencia. En muchos países (más o menos totalitarios) se ha implantado el *partido único*, que es el de los que gobiernan, dejándose a los demás fuera de la ley. Para ello se *emplea* la violencia en todas sus facetas, pero mi impresión es que el intento de renovar los diversos partidos carece del impulso y el dinamismo que manifestarían si esta violencia se ejerciera en aspectos vitales de la naturaleza humana. Quiero decir que da la impresión de que «aquellos» partidos han quedado superados por la marcha de la Historia.

Voy a fijarme en los Estados Unidos de América como país que hoy va en cabeza del progreso material. Ahí existen dos grandes partidos desde hace muchos años, los cuales tenían grandes diferencias ideológicas entre sí. Estas diferencias todavía existen, pero cada vez más atenuadas, y por el camino que llevan no parece lejano el tiempo en que la única diferencia habría que buscarla en el nombre, que tampoco es demasiado diferente, ya que de ordinario los demócratas son republicanos y los republicanos son demócratas. Lo que ya costará más de fusionar serán sus símbolos: el burro y el elefante.

En Francia, que es donde se han dado grandes pasos en el progreso universal, no se ha implantado el partido único ni se han eliminado los partidos, pero ha bastado una serie de *referendos* que han instalado un poder estable que parece que se preocupa principalmente del bienestar y el prestigio del país, para que los partidos queden en una situación que, si no es el coma, se le parece mucho.

Finalmente, creo que, si fuera posible vivir una década sin guerra fría ni caliente, resultaría que al final de estos diez años la vida en la URSS y en los USA se parecerían como un huevo a otro huevo.

¿Qué consecuencias extraigo de todo esto? De momento, una sola y es que los políticos tradicionales (desde el más alto al más bajo) van cediendo sus posiciones a los terciarios (también de los más altos a los menos altos). Esto se hace sin revolución, sin alharacas, sin «manifestos», ni mítines, ni manifestaciones, ni nada de todo esto, sino de una manera progresiva e insensible, como los fenómenos del crecimiento en los seres vivos.

Esto me hace creer que esta marcha no se detendrá, sino que cada vez se hará más visible.

En Italia, ante al anuncio de las elecciones, han aparecido los partidos políticos casi por millares, y este hecho puede parecer contradictorio de lo que acabo de indicar. Pues bien, junto a este hecho (que quizá se parece al canto del cisne) voy a exponer otro hecho, también de Italia, y se refiere a la penúltima legislatura de aquel país (de la última, recién terminada; todavía no conozco ningún resumen). Si aceptamos como función principal de los políticos el *hacer las leyes del país*, resulta que de las leyes *aprobadas* en el parlamento, menos del 30 por ciento fueron leyes presentadas por los diputados (los políticos) y más del 70 por ciento fueron leyes presentadas al parlamento por la Administración (los terciarios). Ya comprendo que ante todo esto; cada uno puede sacar las conclusiones que le parezcan, según sea el punto de vista desde el que lo mira.

Yo no pienso que puedan desaparecer los políticos, pero creo firmemente que se está gestando una nueva modalidad de políticos que no serán absorbidos por los terciarios, pero en la que los terciarios tendrán mucho que ver.

Los burgueses. Después de la Revolución Francesa se ha venido designando como *burgueses* a los ciudadanos situados entre la nobleza y el pueblo, y han sido indudablemente los elementos socialmente más destacados en los últimos ciento cincuenta años.

Si la nobleza constituía un conjunto de personas que disfrutaba de una situación privilegiada fundamentada en su sangre, la burguesía fundaba sus privilegios en la *propiedad* o en el dinero, puesto que ambos términos son equivalentes.

Esto representó un avance, ya que la nobleza era coto cerrado al que no podían acceder los ajenos a ella. En la burguesía podía entrar todo el mundo; bastaba con hacerse con caudales cuantiosos. El caso de Juan March ilustra esto perfectamente en nuestras latitudes.

Hoy todavía suenan en nuestros oídos algunos títulos nobiliarios, y son aquellos que entraron en «lo burgués», acumulando cuantiosos bienes. Los que llevan una sangre ultragloriosa, pero carecen de dinero, ya hace bastantes años que han caído en el anonimato.

Los aristócratas eran los Señores, con mayúscula; los burgueses eran, los señores con minúscula. Los

primeros se daban la gran vida a base de tributos sobre el pueblo, basados en sus privilegios. Los segundos también medraban sobre el pueblo, explotando su trabajo. Los primeros usaban *buenas formas* que no les permitían (ordinariamente) llegar a ciertos excesos, pero los burgueses carecían de esta limitación, y por esto se pudo llegar a las formas de explotación que nos cuenta la historia del siglo pasado, y que dieron pie a la llamada lucha de clases; a cuyo final estamos asistiendo.

Había (y hay) dos tipos de burgueses; uno es el que vive opulentamente a base de percibir las rentas que le proporcionan sus grandes propiedades de todas clases, y a estos se les denomina, rentistas; el otro tipo son los *hombres de negocios*. Ambos tipos raramente son «químicamente puros», ya que los rentistas suelen tener una parte de sus bienes «metidos» en negocios, y los hombres de negocios invierten sus ganancias en propiedades «en renta».

El intervencionismo del Estado en lo social ha afectado notablemente al estamento de los burgueses, junto con las inflaciones monetarias, tan frecuentes en estos tiempos y tan raras antes de la primera guerra mundial. El resultado a que hemos llegado es que los grandes bancos, por medio de los *managers*, están controlando cada vez más la economía en los diferentes países, y el papel de los burgueses tiende paulatinamente a comprar (o vender) unos valores para vender o comprar otros. No digo que se haya reducido a esto, ni mucho menos; lo que digo es que tiende a esto. En los tiempos de lucha aguda entre burgueses (hombres de negocios) y proletarios, en las empresas donde se desarrollaba esta lucha el número de terciarios era muy escaso, porque los controles del Estado prácticamente no existían y el empresario era el amo y señor. Actualmente los terciarios son numerosos aun en las empresas pequeñas, y su número crece sin cesar en la medida que la empresa se moderniza, al mismo tiempo que los burgueses de tales empresas modernizadas se van desdibujando por momentos.

Insisto una vez más en que no digo que ya no hay burgueses del tipo clásico; lo que afirmo es que la sociedad en evolución cada vez ofrece un «clima» menos propicio para ellos. Digo que el mundo de la producción de bienes va hacia formas en las que el típico amo va perdiendo importancia, mientras se produce simultáneamente el hecho de que los terciarios van aumentando incesantemente en número y en prerrogativas.

La clase obrera.

Cuando nos referimos a obreros que a lo largo de muchos años de lucha han adquirido un *espíritu de clase*, nos referimos a los obreros industriales.

Aquí vemos que, gracias a la lucha obrera por una parte y al intervencionismo del Estado por otra, cada vez son menos los casos dramáticos de miseria obrera. No digo que no existan, ni mucho menos; lo que digo es que su número tiende a disminuir, al mismo tiempo que tiende a aumentar el núcleo de obreros calificados cuyo nivel de vida se parece bastante más al de la pequeña burguesía que al del clásico proletario suburbial.

Júntese a esto otro fenómeno que no hace más que iniciarse con la automatización, en la que los que intervienen en ella se parecen mucho más a los terciarios que manejan máquinas calculadoras, a base de manipular botones, que al clásico mecánico frente a una máquina que hace funcionar a base de su destreza y habilidad.

Repito lo de siempre, no se han terminado, ni mucho menos, los obreros manuales, pero el movimiento histórico nos pone de manifiesto que los de hoy no son idénticos a los de hace medio siglo, y que se puede aumentar y se aumenta la producción de bienes al mismo tiempo que disminuye el número de obreros manuales... y aumenta el de terciarios.

La lucha de clases. La aparición de los terciarios en número cada vez creciente, me lleva a la convicción, de que ésta es una de las causas principales del escaso avance (o retroceso) de los ideales marxistas en los países más adelantados. Vemos, actualmente, que la «propaganda» busca principalmente los países en los que los terciarios todavía son escasos, y la «lucha de clases» puede tener sentido.

Este hecho no hago más que apuntarlo, pero estoy seguro de que se presta a reflexiones y a consecuencias muy interesantes.

La mentalidad de los terciarios. Hasta este momento; no puede hablarse de una mentalidad más o menos definida de los terciarios. A lo largo de estas páginas he insistido en su individualismo, y no creo estar

equivocado.

Creo que pueden señalarse tres notas que los caracterizan:

1º Su sensación de quedar fuera de las «luchas sociales». Ordinariamente su situación económica y social los coloca en una zona de seguridad que les hace desentenderse de la promoción obrera. Cada uno de ellos ingresó en los terciarios mediante su esfuerzo personal, que en muchos casos consistió únicamente en encontrar las «recomendaciones» indispensables, y piensan que con el escalafón por una parte y el esfuerzo personal por otra, tienen abierto el camino para medrar.

2º Un servilismo, más o menos atenuado o disfrazado, que les obliga mucho más a estar pendientes de la bienquerencia de los jefes que de la estricta justicia de su actuación. Los casos en que funciona la «solidaridad terciaria» en ocasiones de atropello por parte de los jefes, son muy escasos en comparación [con aquellos otros en] que todos se encogen de hombros, con múltiples y graves razones, para perseverar en esta actitud.

3º Un sentido moral muy *sui generis*, que les hace considerar COMO «bueno» todo lo que *se lleva* por los que están por encima de ellos y como «malo» lo que estos reprueban. Quizá por esto es tan grande el número de terciarios que en España todavía van a misa. E insisto una vez más en aceptar todas las excepciones a esto que (a mi entender) es la regla.

Mientras estas tres notas sigan siendo las de la generalidad de los terciarios, se me hace difícil imaginar que este estamento pueda tomar una fisonomía definida. Haría falta que estas tres notas se transmutaran en sus contrarias: frente al desentenderse de «lo social», considerarse situados en el punto clave para actuar en este campo; frente a su complejo de inferioridad ante los jefes (que suele encontrar su compensación con un complejo de superioridad con los subalternos suyos), un sentimiento de solidaridad; y frente al conformismo con lo establecido (más o menos legalmente), un sentido de dignidad que no suele decir *amén* ante las injusticias manifiestas.

Aquí aparece espontáneamente esta pregunta:

-¿Existe alguna fuerza en este mundo capaz de cambiar la «manera» actual de los terciarios, y hacer que sus «notas» sean las tres que acabo de indicar?

Yo creo honradamente que no.

Quizá alguno opine que puede existir un ideal (de este mundo) como el marxismo que pueda conseguirlo; a estos tales no les digo más que miren las tres «notas» que he indicado como naturales y espontáneas en los terciarios de los países no marxistas, y se darán cuenta de que son precisamente las que se consideran como óptimas en el mundo socialista. Esto es demasiado claro.

Yo estoy firmemente convencido de que este cambio únicamente puede producirlo un ideal que no es de este mundo, pero que está en este mundo desde que Nuestro Señor Jesucristo lo trajo del cielo a la tierra.

Piénsese por un momento en el cambio inmenso que se produciría en el panorama mundial si existiera un número suficiente de terciarios de todas las categorías que estuvieran seguros de que su posición clave en la sociedad los sitúa en el mejor lugar para influir no solamente en lo social, sino en lo político y lo económico, sobre la base de una «solidaridad terciaria» no tanto para defenderse de posibles injusticias, sino para asegurar un servicio eficiente a toda la sociedad, bajo el signo de estar dispuestos a sufrir persecución por la justicia en todo momento (octava bienaventuranza).

A mí el pensar en esto me da una sensación de vértigo. Y pido al que lee que me compadezca si no puedo exponerlo de una manera metódica y fría. Realmente, no puedo. De todas maneras, trataré de salir del paso.

Misión de Iglesia

Debo empezar por expresar mi convicción de que la tarea de dar un Espíritu cristiano a este mundo fabuloso que está surgiendo ante nuestros ojos sin que nos demos cuenta, no puede ser misión, o tarea, de un grupo «especializado», por numeroso o idóneo que sea, sino que ha de ser obra de *toda la Iglesia*, ya que se

está gestando *toda una sociedad nueva*.

Hasta ahora, la difusión del Mensaje de Cristo por parte de la Iglesia ha tenido un carácter principalmente geográfico; de unos países se pasaba a otros, y así sucesivamente.

Desde Constantino (y en España desde Recaredo) puede decirse que se ha puesto una principal atención en conseguir que el cristianismo fuese aceptado por los que tenían la misión de mandar. Esto quizá obedecía a la ley del mínimo esfuerzo, pues no se ve claro que fuera una exigencia del Mensaje de Cristo. Dieciséis siglos largos de perseverar en este sistema me parece que son más que suficientes para darse cuenta de si ha sido el adecuado, o no.

Mientras el pueblo ha estado *sometido* a los que mandaban, esto pudo parecer correcto. La última manifestación estentórea de este sistema se dio en Utrecht, donde los católicos y los protestantes pusieron fin a sus querellas acordando que *los pueblos* practicarían la religión de su rey, o príncipe. «*Cujus regio, ejus religio*».

El resultado está a la vista: el pueblo que debía obligatoriamente practicar la religión de su rey, cuando ha ido sacudiéndose reyes y tutelas, se ha apartado también de todo aquello que le venía impuesto *por fuerza*. Si en el pueblo queda hoy un *pequeño resto* de cristianos fervorosos ha de verse como un milagro de la Providencia más que como una exigencia histórica de la acción de los cristianos.

Tengo la convicción firmísima de que ha llegado el tiempo, y ya estamos en él, de que el Mensaje evangélico ya no hay que difundirlo principalmente entre los que tienen por misión el mandar sino entre los que tienen por misión el servir. Esto sí que entra de lleno dentro de las palabras y de la vida del Señor.

Con estas palabras no quiero (ni puedo) en manera alguna criticar a los cristianos que nos han precedido, ni a los actuales que no se han dado cuenta todavía de los cambios tremendos que se están produciendo ante nuestros ojos. Ellos realizaron con toda buena voluntad lo mejor que sus circunstancias les permitían, y un gran número de ellos han sido glorificados por el Señor a través de su Iglesia elevándonos hasta los altares.

Las condiciones de tiempo y lugar tienen una importancia decisiva, y el Señor no puede exigir a nadie que viva un cristianismo fuera de su tiempo y de su lugar. Pero esta consideración que me hace mirar con todo respeto a nuestros antecesores en la fe, me inclina también a estar muy vigilante para no intentar vivir hoy a la manera de ayer; tanto más cuanto que actualmente los cambios se producen a una velocidad nunca conocida en tiempos pasados.

Ya se comprende que al hablar de cambios, no puedo referirme a lo fundamental, sino a lo accesorio. Por ejemplo que se ponga una mayor atención a los que mandan o a los que sirven.

Era (y en algunos lugares todavía es) toda la Iglesia Jerárquica la que pone la principal atención en los que mandan», y estoy convencido de que en la nueva etapa histórica que estamos empezando, caracterizada por una importancia cada vez mayor de los terciarios, ha de ser toda la Iglesia la que ha de poner una atención especial en *los que sirven*.

Esta consideración me lleva de la mano a fijarme en un aspecto que juzgo de la mayor importancia en relación con el tema que estoy tratando, y es la discordancia que aparece entre la doctrina divina de la Iglesia y la realidad en que nos movemos los católicos. Ambos aspectos son de una claridad meridiana y no hay más que mirarlo para verlo.

En primer lugar está la doctrina de la unidad, de tal manera que la primera nota distintiva de la Iglesia es la de ser una. Las palabras del Señor en la última Cena resuenan permanentemente en nuestros oídos. Y no se trata de ser *uno* de cualquier manera, sino de ser *uno a* la manera de las Divinas Personas. Es una unidad que ha de superar y trascender cualquier otra unidad de orden humano, incluso la unidad de los esposos. Todos sabemos y recordamos las diatribas de San Pablo a los de Corinto al echarles en cara el que formaran «grupos» en los que unos seguían la «espiritualidad» de Apolo, otros la de Cefas, otros la de Pablo...

Esto es categórico y no deja lugar a dudas, y la enseñanza dogmática de la Iglesia nunca ha cedido un ápice en cuanto a esta teoría.

Pero en la práctica, ¿qué ocurre? Yo he preguntado bastantes veces qué expresiones saldrían de la pluma de San Pablo a la vista de las innumerables «cofradías» en que estamos atomizados (por no decir desintegrados) los católicos.

Las capillitas

Es curioso observar que la simple pronunciación de esta palabra provoca la reprobación y la repulsa

del que la oye. Esta palabra está en contradicción con todas las *palabras* con las que expresamos nuestra doctrina. Pero, ¿y los hechos? Porque ahí está donde aparece la discordancia a que antes me referí.

Basta echar una mirada a cualquier anuario católico y otra mirada a lo que ocurre alrededor nuestro para darse cuenta de como anda la cosa. Yo no digo que la Iglesia esté *dividida* pero si que está *subdividida* en innumerables agrupaciones. Aquí cabría preguntarse si es peor estar divididos o subdivididos, pero esto ahora lo dejo de lado.

Este hecho, que no está concorde con la teoría, cabría defenderlo si se pudiera demostrar que el resultado de esta subdivisión es el de mantener más unidos a los subdivididos. Dudo mucho que esto nadie llegue siquiera a intentarlo.

Yo apelo al testimonio personal del que lee estas líneas; y le pregunto.

¿Es que cuando uno ingresa en una «cofradía» (de cualquier orden y dimensión que sea) siente que en su corazón aparecen sentimientos de mayor amor fraterno, de compenetración y de unión con otras cofradías similares, o los sentimientos que aparecen y se desarrollan son de otra índole?

Me basta con lo indicado, y no quiero insistir más.

Mi opinión es que tales *subdivisiones* han sido necesarias, y quizá indispensables durante los siglos que nos han precedido, caracterizados por una gran dificultad material en comunicarse unos pueblos con otros, con lo cual era casi automático el confundir *la humanidad* con el reducido número de personas que formaban el *pequeño* mundo de cada uno. Añádase a esto el individualismo innato, que sin darse cuenta reducía el problema religioso a la tarea de salvar su propia alma.

Estos dos aspectos no han sido los únicos que han conducido a la subdivisión, pero creo que han tenido una influencia considerable. También creo que su influjo ha sido benéfico para la Iglesia en aquellos tiempos y le ha permitido subsistir y mantener su doctrina incólume. No hay más que fijarnos en que muchos de los autores de tales subdivisiones los veneramos en los altares. Lo que sí creo que cabría preguntarse es si *el Espíritu* que animó en *aquellos tiempos* a los fundadores de subdivisiones, les impulsaría hoy a repetir lo que hicieron, o si les conduciría a resoluciones muy diferentes.

YO tengo la convicción de que en este último medio siglo la humanidad en general ha iniciado un cambio radical (digo: iniciado) respecto a las dos condiciones de vida a que me referí antes. Quiero decir que hoy casi todos los seres humanos tienen una visión planetaria de la humanidad, y cada vez tiene menos importancia el *pequeño mundo* de cada uno. Esto lo ha llevado consigo la evolución técnica, ya que la prensa, el cine, la radio, la televisión... obligan al menos letrado y al menos aficionado al estudio y a la meditación, a percatarse de estos hechos, que antes sólo eran asequibles a algunas mentes privilegiadas.

Junto a esto, los intercambios de productos de unos países con otros, están minando el individualismo (que todavía es fortísimo) para hacer penetrar en la mente la idea de interdependencia, que poco a poco ha de conducir a la idea de solidaridad universal: Basta comparar los «temas» que preocupaban a los católicos en general a principios de este siglo con los que hoy están en honor, para darnos cuenta de que ya no se pone tanto el acento en salvar la propia alma, sino en cumplir la voluntad del Señor, y mediante esto, salvar su «ánima», que diría San Ignacio. Y como la voluntad del Señor es que seamos uno Como las Divinas Personas...

Estoy convencido de que las «capillitas» han sido muy útiles a la iglesia en los tiempos ferozmente individualistas, y para los individualistas actuales lo siguen siendo todavía. Pero también estoy convencido de que han sido motivo de que se haya atenuado en muchos *su sentido de Iglesia*. No en teoría, insisto, pues las palabras nunca han faltado, afortunadamente, sino en la práctica. Para los más fervorosos, para los adscritos a cualquier cofradía, desde las más importantes a las más *locales*, la Iglesia se miraba a través de la propia cofradía, y poca cosa más. Para los «simples» fieles, se aseguraba la salvación del alma mediante ciertas *prácticas* religiosas («lo que está mandado»), llevar una vida como la de los paganos decentes, que no matan ni roban ni cometen adulterio... y poderse confesar antes de morir. Ya sé que esto es una caricatura bastante exagerada, pero estoy seguro de que se parece mucho al original.

Esta idea mezquina de la Iglesia considerada como un «tinglado» para que los hombres salven su alma, unos dentro de ciertas cofradías (los perfectos) y otros fuera de ellas; no puede afirmarse que sea falsa, pero sí que es incompletísima.

De las múltiples definiciones de Iglesia que conozco, la que más me ha impresionado (y entusiasmado) es la que la presenta como la manifestación de la Santísima Trinidad en este mundo. La

Iglesia fundada por Cristo es el recinto donde los pobres mortales podemos vivir la Vida Trinitaria de manera «incoada», según palabra de los teólogos, con todas las debilidades y flaquezas propias de nuestra naturaleza *natural*, y con todas las maravillas impensables propias de nuestra naturaleza *sobrenatural*.

Cuando la Iglesia de Cristo aparece en la mente del creyente con la claridad suficiente para darse cuenta de su maravilla fuera de todo lo imaginable, dudo que le pueda pasar por la mente la idea de agruparse con otros para «perfeccionar» su pertenencia a la Iglesia.

Su perfeccionamiento no puede buscarse en ser cada vez más y más cofradía, por excelsa que ésta sea, sino en ser más y más Iglesia, cada vez más universal, cada vez más trinitaria.

Si en el Cielo todos son uno, sin cofradías, ni subdivisiones, ni siquiera hombres ni mujeres, parece normal que la vida cristiana en este mundo tienda cada vez más a parecerse a aquélla que a diferenciarse. Estoy seguro de que el actual *sentido ecuménico* es un indicio de que se ha emprendido la marcha en este sentido. Después de siglos en que las divisiones y las subdivisiones nos parecían ya una cosa normal e inevitable.

¿Qué tiene que ver todo esto con los terciarios?

Sirve para intentar justificar mi convencimiento de que los terciarios cristianos que se sientan llamados (vocación) a dar un alma cristiana a este cuerpo inmenso que está surgiendo en el devenir histórico, no pueden ir a su misión *en grupo*, sino *en Iglesia*. Ello exige:

1º Su ánimo de ir a constituir células de Iglesia (parábola de la levadura) en la masa de los terciarios.

2º Su convicción de que no depende de una *organización* más o menos poderosa a lo humano, sino de la fidelidad con que encarnen el Espíritu divino recibido en el Bautismo. El poder del Señor es el que ha de manifestarse a través de la humildad de sus fieles con frutos esplendorosos (parábola del grano de mostaza) y no las *organizaciones* al estilo de las de los paganos.

3º La seguridad de que su eficacia depende de su unión personal con Cristo (vida de Gracia) y de su comunión social con toda la Iglesia, de la que son una célula VIVA (Cuerpo Místico).

Indiqué antes que el apostolado con los poderosos, tal como se ha practicado desde el Edicto de Milán hasta hoy, ha sido siempre tarea de la Iglesia y no de unos grupos *especializados*. Puede añadirse que ha sido tarea exclusiva de la jerarquía, desde el Papa hasta el más insignificante párroco rural; lo cual no tiene nada de extraordinario, ya que el apostolado de los seglares es cosa muy reciente.

Si hago esta indicación es solamente para sugerir que el apostolado con los terciarios no podrá ser exclusivo ni de los seglares ni de la jerarquía, sino de *todos a una*: TODA la Iglesia. Efectivamente, habrá una *acción desde dentro*, que pertenece a los seglares en exclusiva, realizada por aquellos que hagan dedicación de toda su vida a tales funciones. Pienso, por ejemplo, en tantos y tantos institutos religiosos que existen actualmente dedicados a la asistencia a enfermos y desvalidos, a la enseñanza, etc. Si hicieran lo mismo que hacen pero no como miembros de una institución determinada sino pura y simplemente como miembros de la Iglesia, ¿es que su labor vendría desmerecida? (ya insistiré en esto más adelante).

La acción de la jerarquía en este apostolado, no me atrevo a *calificarla desde fuera sino desde encima*, sosteniendo y asistiendo a los apóstoles terciarios para que sean fieles al Espíritu. Tengo la impresión de que las experiencias pasadas evitarán que aparezcan unos *sacerdotes terciarios* emulando a los *sacerdotes obreros*. Creo firmemente que los apóstoles terciarios y los sacerdotes (con toda la jerarquía) han de estar en *permanente comunión*, pero cada cual en su puesto perfectamente determinado por Derecho Divino. Si apareciera un «clericalismo terciario», creo que sería catastrófico.

Quizá alguien pregunte:

¿No es utópico pensar que las vocaciones «terciarias» que ahora se orienten a tanta variedad de institutos religiosos de todas clases, podrían adscribirse a una vida y una tarea semejante, pero sin votos, sin institutos, sin santas reglas, sin superiores, sin «casas», sin «hábito»... y que todo esto quedara superado por la sola consideración de que *son Iglesia*?

Con todo el pesar de mis sentimientos más profundamente cristianos, tengo que contestarles que tienen toda la razón: esto es perfectamente utopía hoy, y lo seguirá siendo mientras el sentido *de Iglesia* esté tan minimizado, por no decir atrofiado, en la casi totalidad de los bautizados.

Pero ahora yo pregunto a mi vez:

¿Es que esta situación corresponde a los deseos del Señor manifestados en el Nuevo Testamento o a la «teoría» que nos enseña el Magisterio de la Iglesia? ¿Es que nuestro deber es el de conservar y consolidar la *situación actual*, o debemos esforzarnos en hacer que la realidad teórica de la Iglesia *una*, de la *comunidad de los santos* y las maravillas del *cuerpo místico*, sean también una realidad práctica? ¿Es que este asunto tiene poca importancia y es muy secundario en relación con otros aspectos a los que hay que conceder la máxima atención? ¿Es que todo un conjunto de acontecimientos no nos conduce ahora, precisamente ahora que se ha publicado la Encíclica *Pacem in terris*, a revalorizar en la mente y en la voluntad de los bautizados esta realidad máxima y descomunal que es la Iglesia, ante la cual palidecen y quedan minimizadas, no solamente las *apariencias de realidad* externas a la Iglesia, sino incluso las que existen dentro de ella si es que su aparente importancia es en detrimento de la importancia fundamental de la Iglesia?

Comprendo muy bien que estas preguntas conmuevan profundamente a tantas excelentes personas que se han entregado de todo corazón a su «Cofradía» seguros de que éste era «su camino» (y posiblemente lo sea). También comprendo que tendrían toda la razón en perseverar en su camino, si lo que aquí se propone fuese la creación de otra «cofradía» mejor que las existentes (tras lo que andan actualmente muchos *fundadores*).

Pero aquí se trata de *la Iglesia*, y creo que vale la pena al menos pensar un poco en ello.

Incluso si desde los tiempos apostólicos las cosas hubieran ido siempre por el camino que van ahora, todavía habría motivo para considerar con atención si realmente estamos en «la línea» marcada por el Señor, para evitar los desvíos.

Pero la realidad no es ésta. La realidad es que antes de Constantino *el entrar en la Iglesia, el ser Iglesia*, tenía un valor tan enorme, que casi todos los que lo hacían sabían que con ello exponían su propia vida. Y sabiéndolo, entraban en la Iglesia.

¿Qué ha ocurrido para que «aquella» Iglesia (que es la misma que la de ahora) haya pasado de aquella situación a la de ahora?

Conociendo mi limitación y mi incompetencia, me atrevo a exponer mi opinión, dispuesto a rectificar siempre que se ponga de manifiesto mi error.

A mi entender, las causas *principales* de este cambio, pueden reducirse a tres:

1ª Entonces había muy poca *letra* y mucho *espíritu*. Entiendo por *letra* la OR-GA-NI-ZA-CIÓN, con todas sus adherencias de reglamentos, normas, intereses creados, situaciones adquiridas..., todo lo cual era propio y típico del Antiguo Testamento, en el que dominaba totalmente la «letra», pero que al traernos el Señor el Espíritu quedó superado. En cambio, ahora... considere cada uno el panorama que ve con sus propios ojos.

2ª La *doctrina* cristiana era extremadamente sencilla y los «pequeños» podían entenderla perfectamente, pues se refería a puntos vitales muy concretos, tales como el amor fraterno (Amor Trinitario), servicio fraterno, buscando el último lugar (negación de sí mismo), y espíritu de sacrificio. Los dones del Espíritu (Sabiduría, Entendimiento, Ciencia, Consejo, Piedad...) hallaban terreno abonado para manifestarse abundantemente, como lo revelan los datos fidedignos que poseemos de aquellos tiempos. Actualmente, la *doctrina* se refiere mucho menos a lo vital que a lo mental. El resultado es que se ha hecho extremadamente complicada y difícil, y los «pequeños» quedan prácticamente excluidos de ella. Otro resultado ha sido la disociación (práctica, no teórica) de la doctrina y la vida y el suponer (tácitamente) que es de esta doctrina complicada de donde han de proceder la sabiduría; el entendimiento, la ciencia, la piedad... Creo que este punto se presta a consideraciones muy interesantes, sobre todo si se tiene en cuenta lo que han opinado y cómo han vivido los Santos a lo largo de estos siglos postconstantinianos.

3ª «La influencia del *dinero* (y toda clase de bienes y poder) en la Iglesia. Se aceptan todas las palabras del Maestro (¡no faltaría más!) en teoría, pero en la práctica... Afortunadamente, en estos tiempos aparecen un poco por todas partes voces que exaltan la pobreza como virtud fundamental cristiana, y en la primera parte del actual Concilio Ecuménico ya se ha planteado *descaradamente este tema* por los Padres

del Concilio. Aquí pregunto: ¿Qué sería mejor *para propagar la fe*: el controlar todos los bancos del país, o que un buen número de terciarios, con espíritu de pobreza, vivieran intensamente su lema: *no he venido a que me sirvan, sino a servir*? De mí puedo decir que cuanto más viejo me hago, más mi experiencia me lleva a afirmar que lo *sobrenatural* no se puede hacer con dinero, sino contra el dinero.

¿Puede verdaderamente extrañar que los bautizados valoremos tan escasamente a la Iglesia?

Yo veo aquí otro caso de disconformidad entre la teoría y la práctica.

No hay duda de que en los tratados *de Ecclesia* (casi siempre escritos en latín) se contiene una doctrina maravillosamente sublime, que enamora y arrebat... al que *se entera* de ella. Lo que ocurre, a mi entender, es que el número de los que se han enterado (por vía intelectual) es pequeñísimo, y lo justo para poder aprobar un examen. Esto en el orden teórico.

Para enjuiciar lo que pasa en el orden práctico, creo que puede servir de punto de partida el aforismo antiguo que dice: *lo que nada cuesta, nada vale*. Nos encontramos dentro de la Iglesia sin el menor esfuerzo ni trabajo personal; sin ni siquiera haberlo deseado, y desconociendo casi todo de su «teoría».

Quizá algunos piensen que algo análogo pasa con la nacionalidad con que uno se encuentra al nacer, que no cuesta ningún esfuerzo tenerla y mantenerla, y ni siquiera se deseó previamente, y sin embargo no es anormal que sean muchísimos los dispuestos a dar la vida por ella. Yo creo que el paralelo no es correcto, pues lo sobrenatural es de un orden *diferente* a lo natural. En segundo lugar, los que dan la vida por la patria son de dos categorías: la primera es la de los que lo hacen por fuerza (servicio militar obligatorio) pero que si fueran libres, se quedarían atrás sin luchar. Creo que el «morir por la patria» de estos tales no «prueba» nada; la segunda categoría la forman *los voluntarios*, entre los cuales algunos hay que van impulsados por la *teoría* de la patria (sus glorias y grandezas, su cultura, su dignidad, etc.) pero estoy seguro de que la grandísima mayoría lo que van a defender es «lo suyo», lo que les ha costado: su casa, su familia, su negocio, su pueblo, sus costumbres... cuando los ven en peligro.

Mientras el pertenecer a la Iglesia se presente (en la práctica, no en teoría) como algo que nada costó, nada cuesta, y que nada costará, ¿por qué razón lo apreciarán prácticamente los que desconocen «prácticamente» la teoría?

Estas consideraciones me empujan a considerar uno de los aspectos que, a mi entender, tienen una gran influencia en esta desvalorización *de la Iglesia* por parte de los que pertenecemos a ella, y es el haber caído en desuso la *Conversión Bautismal*.

La Conversión Bautismal

En el Bautismo de adultos se exige que el neófito conozca suficientemente la *teoría*, pero esto no basta si delante de la asamblea de los fieles no se manifiesta dispuesto a ajustar su *práctica vital* a la teoría cristiana.

Esta decisión firme, decidida, responsable y libre es lo que constituye la Conversión Bautismal, indispensable para que el adulto pueda recibir la Vida Divina con el Bautismo, e ingresar en las filas de la Iglesia.

Esto sí que cuesta, esto sí que es difícil, tan difícil que sobrepasa las fuerzas humanas. Esto sí que hará valorizar a la Iglesia a quien haya entrado en la Iglesia por este camino.

Se equivocará el que deduzca de lo que acabo de indicar que yo soy partidario de suprimir el Bautismo de infantes tal como hoy se practica en todas partes. ¡Dios me libre de ello! Estoy convencido de que conservan su validez las razones que condujeron a esta práctica, tan universalmente extendida.

Yo no soy partidario de suprimir el Bautismo de infantes; de lo que sí soy partidario acérrimo es de que se practique bien.

Trataré de explicarme.

En el Bautismo de adultos, la *conversión* es indispensable para poder recibir el Sacramento. Este es un punto en el que no ha podido haber nunca la menor discrepancia en la Iglesia.

En el Bautismo de infantes, encontramos con que el recién nacido es incapaz de convertirse y a nadie se le puede ocurrir que la condición previa indispensable para el Bautismo de infantes sea igual que para los adultos.

¿Qué ha pasado? ¿Es que la Iglesia ha suprimido pura y simplemente la *conversión* en este caso? Nada de esto. La *conversión* sigue siendo indispensable; lo que cambia es «el momento». En el

Bautismo de adultos la *conversión* es previa al Sacramento; en el de infantes la *conversión* es diferida.

La Iglesia bautiza a los infantes porque los padres lo desean y lo piden, y entre ellos y los padrinos se comprometen a que el neófito se convertirá cuando su edad y madurez se lo permitan. Ésta es la razón fundamental, y ningún niño puede bautizarse contra la voluntad de sus padres.

Esto tiene que ser así por la misma naturaleza del Sacramento Bautismal.

Porque, ¿qué es el Bautismo?

El Bautismo es el milagro más grande del poder divino; mucho más grande que la Creación, y que la misma Encarnación, ya que ésta *se ordenaba* precisamente a que los hombres pudieran participar de la Vida Divina.

El Sacramento del Bautismo tiene dos efectos simultáneos: *Limpia* al bautizado del pecado de origen, que le hacía enemigo de su Creador, y le deja en estado de *inocencia*, como todo el resto de la creación y además lo *eleva* hasta la misma Vida Trinitaria, al infundirle la Gracia. San Pablo, consciente de esto, escribirá *vivo yo, pero no soy yo quien vive, sino Cristo (la Trinidad) quien vive en mí*.

Esto que hace el Señor en el bautizado (el gran milagro) pudo hacerlo de forma que después del Sacramento dominara de tal manera la Naturaleza divina que en él se recibe, que el bautizado adquiriese una especie de *nuevo instinto*, que le obligara en todo momento a ajustar su vivir al vivir de Cristo. En una palabra; que los bautizados fuesen santos a la fuerza. Que produjeran flores de santidad con la misma naturalidad con que las abejas extraen miel de las flores. Que los santos fuesen santos de la misma manera que las piedras son piedras.

Pero el Señor lo dispuso de otra manera. En el bautizado coexiste su humana personalidad con la Vida divina (la Gracia bautismal) y en esta coexistencia radica el gran milagro. La Gracia no obliga, no fuerza, no impone..., sino que *permite* que el bautizado pueda vivir la vida de Amor Trinitario SI EL BAUTIZADO QUIERE. Esta libertad del hombre es la que le *permite* en todo momento aceptar *el Don de Dios* o el rehusarlo. Y esta libertad es la que justifica la existencia del cielo y del infierno.

En el Bautismo de adultos se realiza un pacto entre el neófito y la Santísima Trinidad, que está presente en la Iglesia que lo bautiza.

Desde que Nuestro Señor Jesucristo nos redimió, su Iglesia ofrece a todos los hombres (y a cada hombre) sin distinción de razas ni de pueblos *la Redención*, que consiste en *limpiarle* de su pecado de origen y en elevarlo hasta la Vida divina, haciéndolo EN VERDAD hijo de Dios Padre y hermano de Dios Hijo. Para ello, como es lógico, impone unas condiciones, que el mismo Señor indicó cuando dijo que para ser de «los suyos» había que negarse a sí mismo, aceptar la propia cruz y seguir a Jesucristo. Esto no es solamente una frase sin otra trascendencia que la articulada de unos sonidos, sino UN CAMBIO DE VIDA TOTAL. *La conversión* consiste, pues:

1º En un *trabajo mental* mediante el cual el hombre *se percata* de manera suficiente del sentido y de la trascendencia de aquellas palabras y de lo que representan en la vida del que se adhiere a ellas.

2º En una decisión libre, firme, decidida y total de *su voluntad*, de abandonar la vida y los criterios puramente «naturales» que hasta entonces había seguido (hombre viejo, de San Pablo) para entrar de lleno en la vida y en los criterios *sobrenaturales* (hombre nuevo), que se resumen maravillosamente en las *Bienaventuranzas*.

3º En la seguridad de que si su voluntad, su deseo; su afán se mantienen en el Amor Trinitario y en el Amor Fraternal (que no son dos cosas diferentes), todas sus flaquezas, debilidades y pecados propios de su naturaleza “natural”, (que arrastrará con él hasta la muerte) no solamente no le apartarán del Redentor, sino que podrán acercarle más a Él, al hacerle más humilde y al hacer más firme su decisión de negarse a sí mismo.

Este Plan de Vida, que afecta todo el entendimiento y toda la voluntad, es lo que el hombre ofrece al Señor para poder entrar en su Iglesia mediante el Bautismo. Así ya se comprende que la Iglesia fuese una cosa seria (lo más serio del mundo) para los cristianos de los tres primeros siglos.

Todo esto nos pone delante de los ojos el punto «descuidado» en el Bautismo de infantes, que es la *Conversión*.

Cierto, ciertísimo, que con el Bautismo sacramental el recién bautizado entra en la Iglesia, con todas las prerrogativas, sobre todo si le espera una muerte prematura. Y que continuará *oficialmente* como miembro de la Iglesia durante toda su vida, aunque no haga ningún caso de este Sacramento y viva como un perfecto

pagano, si no apostata pública y solemnemente.

A estos católicos que no han apostatado y viven como paganos, se les incluye en las estadísticas en que constan; para «regocijo» nuestro: los millones y millones de católicos que hay en el mundo. Y ya nos damos por satisfechos si un diez por ciento de «católicos» oye Misa los días de guardar.

Es posible que también aquí el que lee estas líneas se vaya formulando la pregunta: ¿Qué tiene que ver todo esto con los terciarios?

A mi entender, aquí está el punto principal, si se quiere ir al fondo de la cuestión. Antes de entrar de lleno en los terciarios, pido unos momentos de atención sobre este aspecto de la *conversión*.

Estoy convencido de que el grandísimo número de bautizados que «no pisan la iglesia», no se han planteado nunca, ni de manera remota, el problema de su conversión.

Y los otros, los que van a Misa, ¿se han convertido?

Mi opinión es que sí, que se han convertido, pero no a la Iglesia, sino a su «cofradía».

Dicen, y es verdad, que siendo su «cofradía» aprobada y bendecida por la Iglesia, el que es fiel a la «cofradía» también es fiel a la Iglesia.

El hecho es que estas «cofradías» (que se van multiplicando incesantemente con toda clase de nombres) han hecho y hacen a la Iglesia un servicio muy importante, pues gracias a ellas los templos no están desiertos, y se organizan «cosas» de todas clases, para esplendor del culto, para obras de misericordia, para apostolado... ¡para todo! Dudo mucho de que haya ninguna parcela de las necesidades del culto, o de las necesidades humanas, que no tenga una «cofradía» de católicos ocupada en aquel menester. Nadie puede decir que esto no está bien, e incluso muy bien, ni yo tampoco. ¡Dios me libre!

Pero no puedo menos de constatar que en la marcha actual de nuestra sociedad, la influencia, la proyección, el «peso» de tantas «cofradías» es mínimo, frente al dominio que ejercen en la masa de bautizados otros factores, que la llevan por caminos que no son los de Cristo.

Comprendo que me estoy haciendo pesado, pero no me importa, e insisto en mi opinión de que lo que aquí falla no es nada de lo que se hace, sino lo que no se hace, que es la *Conversión Bautismal*. La conversión a la Iglesia.

Se han *convertido a aquella Cofradía* que ha despertado sus simpatías, a través de las personas que en su infancia, adolescencia y juventud han cuidado de mantener en ellos la práctica y la instrucción religiosas, y esto sería excelente si condujera a la *conversión adulta*, como complemento indispensable al bautismo de infantes.

De aquí que falte el todo heroico inseparable del verdaderamente convertido de su Bautismo al estar seguro, segurísimo, de vivir la Vida Trinitaria en la institución más gloriosa, más fenomenal, más fuera de todo lo que se podría imaginar, que es la Iglesia.

Si en todo lo que he indicado anteriormente sobre los terciarios se tratara de algo corriente y parecido a otros aspectos del vivir humano, quizá podrían tener alguna razón los que propugnaran que se enfocara creando una «Cofradía» más, y que actuara *como todas*.

Pero hay tres hechos que hay que tener en cuenta:

1º El «mundo terciario», tal como está surgiendo entre nosotros, es un *hecho nuevo* en la historia, que no puede mirarse con ojos rutinarios.

2º Las «cofradías» no parece que puedan ser el instrumento idóneo para dar un «Espíritu Cristiano» a los terciarios, sino que ha de ser una «Obra de Iglesia».

3º Una Iglesia análoga a la de los primeros siglos, en la que todos sus miembros, además de recibir en el Bautismo la filiación divina, se habían dado cuenta de lo fantástico, inaudito, inmenso y fuera de toda ponderación que es este hecho, a través de su *Conversión Bautismal*.

Por todo lo cual creo firmemente que hay que enfrentarse con dos problemas, estrechamente ligados el uno al otro:

1º El dar un *alma cristiana* al cuerpo enorme y amorfo de los terciarios, ha de ser obra de unos bautizados conscientes de su Bautismo y que quieren con toda su mente, con todo su corazón y con todas sus fuerzas, ser fieles a las promesas del Bautismo.

2º Valorizar la *conversión* como manera de valorizar la Iglesia. Y esto sí que no lo puede hacer ninguna «cofradía» (o, al menos, así me lo parece).

CONCLUSIÓN (Un poco larga)

El objeto de escribir estas páginas (ya lo dije antes) no ha sido otro que dar un grito de alerta sobre dos aspectos que parece que han quedado en la sombra y sobre los que no se pone la atención debida, a pesar de su importancia fundamental:

1º *Un hecho nuevo*, que es la aparición masiva de los terciarios, con papel cada vez más preponderante en la marcha de la sociedad hacia formas nuevas. ¿Qué hacemos los cristianos ante este hecho? ¿No merece siquiera la pena de que pensemos en él?

2º *Un hecho viejo*: el desuso en que ha caído la *conversión, complemento indispensable del Sacramento de! Bautismo*. ¿Es que el forzar a los niños, a los adolescentes y a los jóvenes es capaz de sustituir eficazmente a la *conversión adulta*? ¿Es que la marcha general de la Iglesia no nos obliga a planteamos seriamente esta cuestión?

Tengo para mí que ambas cuestiones están tan estrechamente enlazadas, que no pueden tratarse independientemente una de otra, al menos en términos generales. Todo cuanto he escrito en las páginas anteriores no tenía otra finalidad que la de poner esto bien de manifiesto.

Dudo mucho de que este grito mío sea escuchado, ni siquiera percibido. Todos estamos tan ocupados y absorbidos por las cosas tan importantes que tenemos entre manos, que no podemos desentendernos de ellas y poner atención (todavía menos poner esfuerzo y tiempo) en las elucubraciones de otros.

Los que hayan leído estas páginas para enterarse y estar al día de lo que se escribe, harán comentarios para todos los gustos, pero *seguirán su camino*, atentos en seguida a enterarse de otra cosa más nueva, y así sucesivamente.

Es posible, sin embargo, que algún lector haya sentido en su interior una sacudida, más o menos perceptible que le impulse a no dejar todo esto de lado, antes bien dedicarle una atención preferente.

Creo que podrán ser de dos tipos:

1º Los que quieran *lanzarse a la acción* y pregunten: ¿qué podemos hacer?

2º Los reflexivos, los que crean que deben dedicarse a estudiar a fondo estos temas.

Ambos son necesarios, pero tanto los unos como los otros pueden ser contraproducentes, si se hacen «químicamente puros»; *los de acción* no pensando más que en la acción por la acción y *los de la reflexión* que no quieren salir de la reflexión.

Insisto en que este folleto no es (ni quiere ser) más que un aldabonazo. Ni siquiera puede ser un primer paso hacia la cristianización de los terciarios, y hacia la puesta en honor de la *Conversión Bautismal*, que yo tengo por sinónima de la *valorización de la Iglesia*.

Pero puede ocurrir (y yo deseo de todo corazón que ocurra) que algunas personas, cuya edad, salud y circunstancias sean diferentes de las mías, sientan la misma angustia que yo siento ante estos hechos y experimenten impulsos cada vez más fuertes a lanzarse plenamente por este camino.

Estoy seguro de que su angustia, su deseo y (en último, o primer término) su Fe les guiarán de manera firme en su camino. El caso es que estos temas salgan de la sombra y aparezcan a la plena luz.

Confío en que su pureza de intención, su sacrificio y su entusiasmo han de atraer los dones del Espíritu Santo que precisan para emprender una marcha triunfal, que necesariamente pasará por el Calvario.

Estoy seguro de que en estos momentos no podemos prever casi nada (o nada) de *cómo* se desarrollará esta acción pro-terciarios y pro-conversión, pero no puedo abstenerme de consignar aquí mi visión de futuro.

Conversión Bautismal. Me parece que bastaría con que se tomara en serio esto que (para mí) es lo más serio, para que aparecieran en seguida métodos, normas, sistemas... para que los que fueron bautizados al nacer pudieran hacer su conversión adulta satisfactoriamente.

Téngase en cuenta que la conversión no es algo que se hace en un momento dado, y que después ya no hay que preocuparse más de ello. Nada de esto; la conversión dura toda la vida, precisamente porque la vida cristiana no es estática sino dinámica, y cada día hay que avanzar *convirtiendo* lo que ayer era menos cristiano en algo más cristiano. Pero en la conversión existe un *momento fuerte*, que es lo que se suele designar como conversión.

Algo análogo a lo que ocurre con el matrimonio, que dura toda la vida de ambos contrayentes, hasta que falta uno de ellos, pero que tiene un «punto fuerte», que es cuando él y ella se dan mutuamente el sí delante del sacerdote.

A) *El momento fuerte* en la conversión adulta tiene lugar cuando la persona ha llegado a un grado de madurez suficiente en la formación de su personalidad, y sabiendo que no se trata de recitar fórmulas, sino de ajustar el propio vivir al vivir de Cristo, con plena libertad, con sentido de responsabilidad, se le da a Cristo y a la Iglesia el sí que no se pudo dar en el momento del Bautismo sacramental.

Alguien podrá decir que esto ya se hace de manera espectacular y litúrgica el Sábado Santo por la noche, y no seré yo quien lo niegue. Lo que yo indico es que el renovar las promesas del Bautismo sin haber pasado por el momento fuerte de la conversión, necesariamente ha de degenerar en algo que carece de importancia, tal como vemos que en la víspera pascual se renuncia «inocentemente» a Satanás, a sus pompas y a sus obras, de lo cual uno no vuelve a acordarse hasta el año próximo.

Acostumbrados como estamos (no todos, ¡gracias a Dios!, pero sí casi todos) a hacer consistir nuestra religión en actos externos, en palabras y en gestos, comprendo que, al leer estas líneas, sean muchos los que se pregunten *cómo se podrá hacer* la conversión.

Yo entiendo que se trata de un acto íntimo, muy íntimo, en el que lo más interesante no es que el convertido aparezca como un espectáculo ante la asamblea de los fieles, después de lo cual estos lo aceptan y consideran como un convertido más para añadir a la lista. Esto puede tener su importancia, y yo no me atrevo a negarlo, pero sí que estoy seguro de que no es lo más importante, ni mucho menos. Lo fundamental estriba en la convicción profunda y decidida de negarse a sí mismo, tomar la cruz y seguir a Jesucristo, con todo lo que esta fórmula representa.

La experiencia de mi propia conversión junto con la de muchas otras que he conocido personalmente, además de las que figuran en la Historia de la Iglesia, me hace estar seguro de que cada caso es diferente de todos los demás, y sería inútil por consiguiente buscar un método que, una vez aplicado correctamente, produzca inexorablemente las conversiones, análogamente a como ciertas máquinas sueltan unas chokolinas cuando se introduce correctamente en ellas un disco metálico.

Con esto no quiero indicar que los métodos son inútiles, ni muchísimo menos; creo que en general es indispensable un mínimo de metodología. Lo que digo es que el método puede ayudar a la conversión, pero no es el método el que produce la conversión.

Como pasa con los métodos de solfeo o para aprender idiomas, que hay quien está encantado con unos y otros con otros, y otros, en fin, que han debido construir su propio método.

Mirando al *sujeto* de la conversión me parece que pueden señalarse aproximadamente quiénes *están maduros* para ella, y quiénes *están verdes*. Empezaré fijándome en estos últimos.

Creo que Nuestro Señor Jesucristo nos lo señala claramente con sus palabras consignadas en los Evangelios.

Hay una categoría de hombres a los que el Señor trata duramente, sin consideración alguna, con amenazas y maldiciones: ¡Ay de vosotros...! y todos sabemos que se trata de los hipócritas.

¿Y quién no lo es? ¿Quién es el que dice siempre lo que piensa y que ajusta siempre su obrar a lo que dice y a lo que piensa? Si esto que se inculca a los niños y a los mayores con el nombre de *buena educación* consiste precisamente en enseñar a no decir lo que se piensa...

Supongo, sin embargo, que habrá que distinguir entre los que aceptan esto como ley de vida que no se puede modificar, y que no hay más remedio que mentir para medrar, y los que sufren con esto y desearían poder vivir sin mentir. Creo que los primeros son los auténticos hipócritas, y los segundos son los que (quizá sin darse cuenta) están esperando y atrayendo su redención mediante su conversión. Cuando alguien se siente atraído por la verdad, y desea ajustar su vida a la verdad, ya está en *trance* de conversión. Toda su tarea consistirá en ir eliminando las pseudo verdades a que se adhiere (por ignorancia) como si fueran verdades auténticas, hasta llegar a la Verdad con mayúscula, que es Cristo.

Habrán casos milagrosos, como fue el de Saulo en el camino de Damasco. Pero esto no es lo normal y corriente (aunque una conversión no sea nunca una cosa normal y corriente, sino un puro milagro, pero estoy seguro de que el lector ya se da cuenta de lo que quiero decir).

Creo que ha de ser muy raro el caso de quien se convierta él solo. A veces será el testimonio de otros, como Agustín de Sebaste; en otros casos la pérdida de seres queridos, como Francisco de Borja; habrá casos fulminantes, y otros que aparecerán como el final de una lenta maduración que no se sabe cuándo empezó... Pero casi siempre habrá la intervención de personas o de hechos humanos, exteriores al que se va a convertir.

Estoy seguro de que aquí tienen el papel fundamental los ministros del Señor, particularmente en la etapa final de la conversión.

Todo lo indicado se refiere a la conversión adulta postbautismal en general. Voy ahora a indicar en pocas palabras lo que yo pienso referente a la conversión de los que se sientan llamados al apostolado terciario.

Creo extremadamente útil que se ayuden mutuamente en su conversión, mediante reuniones que tengan este objetivo principal, seguros de que «cuando dos o tres se reúnen en Mi Nombre, Yo estoy allí, en medio de ellos».

Profundizar todo lo que les sea posible la maravilla de su Bautismo, que lleva consigo toda su vida trinitaria, su incorporación plena e inaudita a la Iglesia, y el cambio de vida que ello presupone.

Actualmente en todos los ambientes apostólicos se preconiza la actuación en equipo, en grupo... y no puede dudarse que ello significa un gran avance frente al individualismo multiseccular. Pero yo pido al que lee que piense un momento en la diferencia que habrá entre un equipo apostólico que ha realizado conjuntamente la conversión adulta a su Bautismo y adquirido la noción de Iglesia, y otro equipo o grupo, que no ha dado importancia a esto. A mi entender, aquí puede concentrarse una de las causas del escaso «rendimiento» que todos constatamos en nuestros equipos y grupos, en general.

Después de su conversión adulta *en equipo* los protagonistas se encontrarán:

1º Con que cada uno de ellos tiene una personalidad, unas cualidades físicas y morales, unas obligaciones familiares..., todo lo cual hay que tenerlo en cuenta.

2º Unas circunstancias externas de ambiente, que acusan una situación de mayor o menor injusticia, y unas necesidades apostólicas más o menos acusadas. Esto tampoco puede dejarse de lado.

3º Una «vocación». Reunidos en nombre de Cristo, y con oración perseverante, descubrirán su camino. Que será diferente para cada equipo, o para cada grupo, indudablemente.

Cuando hayan llegado a este punto creo que se decidirán a preparar su ingreso (ordinariamente mediante oposiciones) como terciario en *aquello*, sin demasiadas preocupaciones por lo que más adelante harán o dejarán de hacer. Saben que son una célula de Iglesia que entra en el mundo terciario, y que su fidelidad al Bautismo les irá marcando el camino por el que la Providencia quiera llevarles.

Seguramente que a más de un lector se le ocurrirá la idea de que esto no está mal del todo, pero que a estas personas hay que organizarlas.

A estos me atrevo a contestarles que no hace falta organizarlas, porque ya lo están. Están en la Iglesia, que es una organización «organizada» por el mismo Dios de manera maravillosa. En sus Sacramentos, su Liturgia, su Jerarquía, sus Ministros, su enseñanza... encuentran mucho más de lo que podría darles cualquier organización, aunque formara *parte* de la Iglesia. Éstas han descubierto que es mejor el TODO que la *parte*, y se quedan con el TODO. ¿Quién podrá criticarlas? Fidelidad al propio Bautismo, fidelidad a la Iglesia... ¿hay quién dé más?

Es posible que insistan, y digan:

Esto está bien, pero hay que organizarlas para que su acción sea conjunta y coherente para que puedan hacerse «campañas» y para elaborar una «estrategia» amplia, que evite que cada equipo vaya por su lado, que pueda actuar como representación oficial de todos estos equipos, que puedan tener sus asambleas, sus publicaciones, sus cuadros directivos que den normas, etc. (Todo lo que se hace en todas las «cofradías»)..

Yo también insisto y digo:

¿Es que todo esto no es función de la Iglesia, como tal? ¿Es que unos equipos que quieren permanecer fieles a su Bautismo y a la Iglesia quedarán desamparados por el Espíritu Santo? ¿Es que puede haber «algo» que los una más que su unión en este mismo Espíritu? ¿Es que para su actuación en su campo apostólico existe alguna persona que lo conozca mejor que ellos para que pueda indicarles *lo que deben hacer*? ¿Por qué negarnos, por una vez, a dar la preferencia a *ser Iglesia a ser «cofradía»*? Y a ver qué pasa...

Téngase en cuenta, además, que cualquier equipo terciario apostólico está sometido automáticamente al reglamento de la entidad o institución a cuyo servicio ha entrado. Esta «letra» es la que les obliga a ciertas horas de presencia, a ciertas actividades ineludibles... Ésta es la «Regla» que les regula minuciosamente sus horas de *comunidad*. ¿Para qué les haría falta más «letra»?

No será a fuerza de «letra» como se podrá conseguir el paso del terciario actual al terciario apostólico, sino a fuerza del Espíritu Trinitario, del que es expresión la Iglesia, ya que es el que la vivifica y le da su ser. ¿Y quién podrá inculcar mejor el *Espíritu de Iglesia* que la misma Iglesia? ¿Y qué se puede añadir al acta del registro parroquial de bautismos para «alimentar» la adscripción a esta *organización divina y única* que es la Iglesia?

Lo que hace falta no es complicar el «tinglado», sino dar al Bautismo el valor que tiene. Ahí está todo.

Quisiera recordar aquí una peculiaridad de la Regla de San Benito que estimo muy interesante.

San Benito no fundó ninguna «cofradía» sino unos monasterios, cada uno de los cuales tenía vida autónoma y no dependía de ninguna or-ga-ni-za-ción. Estaban unidos entre sí por su *Espíritu de Ser Iglesia*, que les dio su fundador. Y nadie puede negar que estos benedictinos sin organizar han sido uno de los elementos más constructivos y eficaces en la Historia del cristianismo de Occidente.

Hay otro aspecto, del que ahora se habla y se escribe mucho, y que quiero insinuar. Es lo que se suele llamar: *Edad Adulta del Laicado*.

Se comprende perfectamente que la Antigua Alianza, establecida entre Dios y un pueblo testarudo, voluntarioso, dócil, con todas las características de la minoría de edad colectiva, tuvo que estar basado en preceptos y reglamentos para cada situación; y aun así, hay que reconocer que los resultados no fueron brillantes.

En la Nueva Alianza, el Señor nos impone un sólo precepto: que nos amemos unos a otros como Él nos ama. Y San Agustín hará su mejor glosa evangélica diciendo: *ama y haz lo que quieras*. La Nueva Alianza es para adultos; aunque no para adultos cualesquiera, sino para aquellos que hacen honor a la palabra dada. Mientras los seculares hemos tenido en la Iglesia (de hecho) la condición de menores de edad; se comprende perfectamente que «los mayores» no se hayan fiado, y para cualquier actividad religiosa de los seculares era preciso (y lo sigue siendo) una multitud de requisitos en forma de reglamentos, controles, inspecciones, revisiones, etc. Ello me parece muy natural (aunque poco sobrenatural). Como ocurre mientras los hijos son menores, que el padre tiene que vigilarlos de cerca. Cuando los hijos llegan a la mayoría de edad y el padre quiere tenerlos adscritos a él a base de vigilancia y control, cuesta poco predecir que no pasará mucho tiempo antes de que tal familia esté dividida y vayan cada uno por su lado. En cambio, si los padres han fomentado el amor entre ellos y sus hijos, como lazo de unión fundamental, cuando estos lleguen a su mayor edad se sentirán todavía más unidos a sus padres que cuando les estaban sometidos.

No tengo empacho en afirmar que algo de esto ha pasado en la Iglesia, y la prueba es que son muchos más los bautizados que, en *cuanto pueden*, abandonan la casa del Padre, y toda práctica religiosa, que los hijos pródigos que a ella regresan.

Cada cual puede sacar de esto las conclusiones que crea más adecuadas, y afirmar, por ejemplo, que esto ocurre porque no hay bastantes reglamentos. Yo sigo creyendo que la Iglesia es el recinto donde los bautizados se aman con Amor Trinitario, y esto es lo que la hace UNA más que todos los reglamentos habidos y por haber.

En resumen: si se quiere una Iglesia de adultos, como el Señor la estableció, creo que es hora de plantearse con claridad: ¿hemos de perseverar en criterios adecuados para menores, propios del Antiguo Testamento; o hay que ir progresivamente hacia un pueblo adulto, libre, responsable, que quiere cumplir el Mandamiento de Cristo con la libertad santa de los hijos de Dios?

Al releer estos últimos párrafos me doy cuenta de que es posible que haya quien los interprete como un grito de rebeldía y de independencia frente a la sagrada jerarquía, y nada más lejos de mi ánimo, que solamente he querido insistir en que hemos de movernos dentro de la Ley del Amor, más que en la del temor.

¿Qué jerarca de la Iglesia puede haber que prefiera ser temido a ser amado?

Volvamos a nuestro equipo de convertidos a su Bautismo y a la Iglesia, que ya han encontrado su vocación terciaria particular y se lanzan a una vida de comunión. Es curioso observar que en nuestro caso se encuentra hecho y dispuesto algo que para las «cofradías» es muy difícil y laborioso: la «casa» y los medios de subsistencia.

La casa de su comunidad será su lugar de trabajo, donde pasarán las horas de su vivir religioso, en imitación del Hijo del Hombre que no vino a ser servido, sino a servir. Para su misa y sus sacramentos no precisan construir ningún oratorio «privado» muy mono, pues la Parroquia les espera con los brazos abiertos todas las horas del día. Para las funciones biológicas indispensables de comer, dormir, asearse... les servirá en general, el mismo domicilio familiar...

Los medios para subsistir los hallará en su propio trabajo terciario, que comporta dos facetas bien destacadas:

1ª *La parte natural*, que consiste en realizar la materialidad de un servicio, por el estilo de como lo realizan todos los terciarios de aquel ramo. Este servicio es lo que se cobra, porque digno es el obrero de su recompensa.

2ª *La parte sobrenatural*, que consiste en hacer la misma tarea que los demás, pero *a la manera de Cristo*: ahí está su apostolado y su santificación: no en *lo que hacen*, sino en *cómo lo hacen*. Aquí es donde los terciarios cristianos convertidos a su Bautismo y a la Iglesia, serán la levadura en *la masa* de los terciarios.

El horario de trabajo de los terciarios suele ser inferior al de las ocho horas, y normalmente no hacen horas extras. Ello significa una disponibilidad (en todos sentidos) para reunirse entre sí (que ya han estado unidos en su tarea apostólica) y revisar su actuación, estudiar, planear, etc., y para reunirse con otros grupos de terciarios apostólicos con vistas a estar en situación de colaborar con los designios de la Providencia, manifestados a través de los afanes que cada nuevo día nos trae.

¿Qué podrá salir de unos apóstoles que están en esta situación, animados con el mismo Espíritu que anima la Iglesia? Las perspectivas son ilimitadas. Esto supera, en todos los sentidos, lo que se ha venido haciendo hasta ahora.

Pido que se me permita *explorar* con la imaginación algunas de estas perspectivas.

Voy a fijarme, en primer lugar, en lo que se suele designar como *apostolado obrero*.

No cabe duda de que, hasta ahora, éste se ha dirigido principalmente a los obreros manuales, o secundarios. En la HOAC española, desde sus primeros momentos, se adoptó una definición *subjetiva* de obrero, mediante esta fórmula: *En la HOAC se considera obrero a todo trabajador que se considera a sí mismo como obrero*.

Esto ha hecho que no hayan sido escasos los terciarios que militan en las filas de la HOAC (los dos presidentes que hasta ahora ha tenido figuran entre los terciarios) pero siempre en tanto en cuanto se *sienten obreros*, es decir, asimilados a los secundarios. He de indicar que esta presencia de terciarios no ha suscitado nunca el menor problema, pero he de añadir también que siempre que se habla de los *obreros* se piensa en los manuales.

En el momento en que unos grupos de terciarios aparezcan, no ya como unos *obreros vergonzantes*, ni como *criados del amo*, sino descaradamente como terciarios cristianos cuya misión es «servir», su presencia en la HOAC tomará otro sentido. Serán netamente los defensores de «la Justicia» y no de su justicia. Cuando los recelos de los secundarios no existan, y un grupo de apóstoles terciarios haya dado pruebas de su espíritu de servicio y de sacrificio, ¿qué duda cabe de que los obreros manuales les mirarán como los más idóneos para que ocupen puestos de responsabilidad? Tienen más tiempo disponible; mayor cultura (en general) están más informados, y sobre todo: no quieren ser servidos, sino servir. Se terminarán automáticamente estas falsas soluciones que denominamos *liberados o permanentes*... que en el ánimo de todos está que no solucionan gran cosa.

Esto que acabo de indicar se refiere a la marcha interna de la obra apostólica. Si nos fijamos en su proyección externa, no hay más que pensar un momento en el cambio de perspectivas que ofrece la acción de unos militantes secundarios y terciarios bien unidos en Cristo (en cualquier centro de trabajo), frente a la situación actual de unos militantes “manuales”, que lo desconocen casi todo de la marcha interna de la empresa en que trabajan.

Fijémonos ahora un momento en lo que se suele designar como *apostolado patronal*.

Creo que no tendré contraopinantes si digo que esto anda mucho más flojo que el *apostolado obrero*.

La tentación de abusar en provecho propio del poder de que se dispone es constante, y como todos lo hacen...

Tengo por evidente que esta tentación viene estimulada por la facilidad y la «naturalidad» con que los terciarios se prestan ordinariamente a ser «cómplices» si encuentran en ello alguna ventaja personal, principalmente de carácter económico.

Porque estoy seguro de que los *abusos de poder* (injusticias) raramente pueden producirse por la acción de una sola persona, por elevada que esté, si no tiene a su alrededor otras personas que le secunden en sus designios, y estas personas son casi todas (por no decir *todas*) terciarios.

No hace falta demasiada imaginación para darse cuenta de la diferencia radical que ha de haber entre que en una empresa los terciarios sean dóciles a las «maquinaciones» de los que están en lo más alto de la misma, o que se trate de terciarios con el Espíritu que se propugna en estas páginas. Claro está que su marcha no será por un camino de rosas, ni mucho menos, como no lo fue la vida del Señor. Pero esto ya lo saben desde que hicieron su *conversión*.

El caso es que la presencia de esta clase de terciarios ha de introducir cambios sustanciales en la marcha de las empresas donde existan; cambios que dependerán de muchos factores, y que harán que cada caso sea diferente de todos los demás.

Quisiera ahora indicar algo en la acción de esta clase de terciarios apostólicos en las oficinas públicas, tales como bancos, ayuntamientos, servicios del Estado y de la provincia, beneficencia, enseñanza, previsión, sanidad, etc.

Su proyección será triple:

1º *Entre sus compañeros de trabajo*. No hay duda de que existe cierto mimetismo; que aunque no hubiera otros factores, ha de influir notablemente en el *tono general* de la oficina.

2º *En el público*, que no puede menos de notar que allí ha cambiado algo, y esta constatación puede inducirle a querer saber lo que ha pasado, y de una pregunta a otra pregunta, es muy fácil que les conduzca a formularse a sí mismos las preguntas fundamentales de la vida del hombre.

3º *En los jefes y jefazos*. Puede aplicarse lo que indicaba respecto a los jefes de empresa. Si los terciarios más idóneos y cumplidores de su deber son al mismo tiempo los más irreductibles en cuanto a las injusticias y prevaricaciones, no cabe duda de que han de representar una fuerza muy positiva para ayudar a los jefes y jefazos a mantenerse por el camino correcto y no salirse de él.

No cabe duda de que se ingresa en los terciarios por las categorías inferiores de cada escalafón. Pero tampoco cabe duda de que no se mantienen siempre en la categoría de su ingreso, sino que van ascendiendo.

Indico esta perogrullada para señalar que la influencia de los terciarios apostólicos puede proyectarse sobre un horizonte tan amplio que abarca toda la vida nacional... e internacional. El caso es empezar.

Después de lo que acabo de indicar, vuelvo a insistir, con más argumentos que antes, en que esta *cristianización* del pueblo terciario no puede ser tarea de una «cofradía», sino de toda la Iglesia UNA a la una.

Porque en realidad de lo que se trata es de lo siguiente:

1ª De provocar una conversión adulta al propio Bautismo recibido poco después de nacer. Esto es tarea genuina de toda la Iglesia, por designio de su Fundador, y no se comprende que pueda «traspasarse» a ninguna «cofradía».

2ª De mantener en los convertidos el Espíritu de Iglesia, que les haga sentirse UNO con la Trinidad Beatísima cuya Vida viven, en sentido que llamaremos vertical; y sentirse UNO con todos los mortales que viven esta misma Vida (sentido horizontal). Esto tampoco pueden ser «cosas de cofradías».

3ª De entender una *presencia viva de Iglesia*, actualizando la parábola de la levadura. Esto también ha de ser obra de toda la Iglesia, ya que las «cofradías» tienden inevitablemente al gueto (unas más y otras menos); y los que ven su proyección exterior cuando la hay, normalmente ven «aquella cofradía», pero muy difícilmente ven la Iglesia.

Lo que yo digo es que las circunstancias históricas señalan *puntos neurálgicos* en los que hay que

poner una atención especial, por las repercusiones que estos puedan tener. Y así, durante muchos siglos la Iglesia ha dedicado (y dedica) una atención especial a los que tienen por misión el mandar, sin abandonar, ni mucho menos, a los demás, aunque con frecuencia haya destinado ciertas «cofradías» para que se cuiden de manera especial de ciertos sectores. De la misma manera, pues, cuando el devenir histórico presenta a los terciarios (de todo orden y categoría) como los elementos humanos que han de tener una importancia y una influencia sobresalientes, se dedique una atención especial a ellos por TODA la Iglesia.

Creo entrever dos peligros, que puede ser interesante considerar. Uno por carta de más, el otro por carta de menos.

Me refiero, en primer lugar, a los más peligrosos, que creo son los que habiendo entrevisto las posibilidades que en estas páginas se insinúan, crean que hay que lanzarse en seguida a una actuación a escala planetaria, enorme, tentacular que permita recuperar y sobrepasar en poco tiempo las «posiciones perdidas».

Tengo para mí que esto sería catastrófico y voy a indicar por que. El «mundo» tiene *sus maneras*, y el cristianismo tiene las suyas. Que no son semejantes, ni mucho menos; ni siquiera se parecen en nada.

Hay circunstancias en que los métodos del «mundo» hacen prosperar sus designios, como ocurre actualmente con el marxismo. Y es muy fácil caer en la tentación de aplicar sus mismos métodos para hacer progresar el cristianismo. Algo de esto he insinuado en páginas anteriores al indicar que en el apostolado obrero se había adoptado en gran parte el esquema marxista de la *lucha obrera*.

Tanto por razones teológicas como de orden histórico, estamos condenados al fracaso (más o menos larvado) cada vez que obramos así. El cristianismo no puede ser eficaz más que en la medida de la santidad de los que lo propugnan. Cualquier otra consideración, que puede ser muy válida para el «mundo», no lo es para el cristianismo. Hay que huir del «gigantismo» y de lo aparatoso, que nada tienen que ver con la humildad que Nuestro Señor Jesucristo nos enseñó y nos inculcó.

Después veo el peligro de que estas ideas caigan en manos de *menores de edad en Cristo*, incapaces todavía de ningún gesto que exija sentirse responsable ante el Señor y ante los hombres libres, con la libertad santa de los hijos de Dios.

Para estos, todo son dificultades insuperables, que en unos casos harán que se desentiendan totalmente de ello, y en otros casos (no sé lo que es peor) les harán refugiarse en la zona de la verborrea, de los planes, de las reuniones... sin decidirse jamás a «lanzarse» a nada que los pueda comprometer.

Entre estos dos extremos exagerados, creo que puede estar la buena arrancada y la buena marcha.

He aquí como yo imagino que podría ser la *buena marcha*.

Primer paso: toma de conciencia. Lo primero es percatarse de si las cosas son así; o no son así, o cómo son.

Esto exige, en primer lugar, que se piense, se hable y se escriba sobre ello tanto individualmente como en grupos, cada cual exponiendo su visión particular del asunto.

No tengo ninguna idea del tiempo que pueda durar esta etapa; pero estimo que es indispensable para que los «primeros» tengan un mínimo de precisiones de orden doctrinal e histórico para saber a qué atenerse.

Segundo paso: la conversión adulta. Mi impresión es que esto ha de elaborarse suficientemente si lo que venga detrás ha de tener suficiente solidez. Afortunadamente, aquí no partimos de cero, ya que en la doctrina y la historia de la Iglesia está todo lo necesario. Lo único que se precisa es *ponerlo* al día. Pienso, en este momento, en los *cursillos* apostólicos y en el plan cíclico de la HOAC, que tienen en su *hacer* un gran número de *conversiones*, no solamente de personas apartadas de la Iglesia, sino también de muchas que “practicaban” superficialmente, pero que allí han descubierto el sentido profundo y radical del cristianismo. No quiero decir que bastaría esto para «lanzarse» sino que ahí hay numerosos elementos con vitalidad que pueden tenerse en cuenta.

Para la *conversión adulta* harán falta unos textos que expongan con la claridad suficiente *de qué se trata*. Pero esto no basta, sino que hace falta, por una parte, que se reúnan dos o tres en nombre de Cristo para profundizar este tema, y que estén conectados con un sacerdote que pueda ilustrarles correctamente en sus dudas y errores.

Tercer paso: hacerse terciarios. En el caso de que ya no lo fueran, claro está. No puedo tener ninguna idea de cuántos serán los terciarios actuales que podrán *convertirse* a terciarios apostólicos. Para el Señor todo es posible.

Temo, sin embargo, que los hábitos, las rutinas; las «martingalas»... a que se han adaptado y

acostumbrado, sean un impedimento difícilmente superable; y así yo pongo más mi confianza en los que, no siendo terciarios, se deciden a serlo a raíz de su conversión y alumbren *fuego nuevo*.

Después. Después cada equipo irá por el camino que el Señor les trace, si son fieles a su Bautismo y a la Iglesia.

Precisamente por no estar organizados ni estar sometidos a ninguna “letra” especial, yo les veo con plena disponibilidad hacia el Espíritu de la iglesia (que es el único que *vivifica* y no las «letras» de los hombres), Espíritu de amor, de unión, de paz, de justicia.

No solamente estando *unidos entre sí* para todo lo que se presente, sino que se sentirán unidos a todo lo de la Iglesia, y *no para ser servidos, sino para servir*. ¿Puede alguien pensar que el *meterlos en una «capillita»* podría mejorar estas perspectivas?

Pienso ahora en el *movimiento cooperatista*, del que tanto se habla actualmente, y que con tantas dificultades tropieza.

Desde Rochdale para acá, se ha dicho y se ha repetido que las cooperativas eran la liberación de los obreros mediante la acción y el esfuerzo de los mismos obreros. Y, ciertamente, no seré yo quien la niegue.

Lo que ha fallado ha sido el atribuir en exclusiva la condición de *obreros* a los manuales o secundarios o industriales, como se los quiera llamar, empezando por los de Rochdale.

Cooperativas de Consumo, que son las más extendidas. Sus propagandistas suman socios y cifras de giro en todo el mundo, y *salen cantidades que parecen* impresionantes. Pero cuando uno mira a su alrededor, y piensa en los lugares de que tiene conocimiento, o noticia, se percata de que el cooperatismo de consumo está todavía muy lejos de haber «calado» en la sociedad actual.

La cosa no puede ser más natural, a mi modesto entender, ya que casi siempre *los gestores* son obreros industriales que se han entusiasmado por la idea cooperatista, lo cual es muy sano; pero lo que ya no lo es tanto es que se hayan puesto al frente de un asunto propio de terciarios, para el que los secundarios carecen de preparación y de vocación. El entusiasmo es una cosa excelente y digna de todo encomio y respeto, pero de la misma manera que no basta el entusiasmo por «lo que sea» para que al entusiasta se le confíe el conducir una locomotora, si ésta no es su profesión, tampoco basta el entusiasmo para hacer arrancar y conducir una cooperativa de consumo a los obreros industriales. Esto puede explicar, me parece, los fracasos por una parte, y la vida lánguida por otra, de tantas cooperativas de consumo, cuya suma da las cifras impresionantes de que hablaba, pero que pesan tan poco en la marcha actual de la humanidad.

Estimo que las cosas marcharían de otra manera si los promotores y gestores de las cooperativas de consumo fuesen terciarios; y aun dentro de los terciarios estoy convencido de que es más una tarea propia de mujeres que de hombres. Y si suponemos ahora que estas terciarias se han convertido a su Bautismo y a la Iglesia, y quieren servir más que ser servidas, no me parece temerario pensar que aquí se ve un camino esplendoroso por el que pueda avanzar el cooperatismo cristiano de consumo.

Cooperativas de producción. A primera vista parece que aquí sí que el elemento fundamental son los secundarios. Pero sólo es una apariencia. El hecho es que las cooperativas de producción son escasísimas, comparadas con las de consumo. ¿Qué pasa, pues?

Vamos a fijarnos un poco.

Los obreros manuales y las máquinas son un elemento muy importante en cualquier empresa productora. Pero no lo son todo. En ella pesan enormemente la dirección y el conjunto de terciarios que se designan como administrativos. Puede afirmarse, en términos generales, que no son los manuales los que *determinan* a la dirección y a la administración, sino que son éstas las que marcan en cada momento la marcha de los talleres.

Quiero indicar con esto que en el caso corriente de querer poner en marcha una cooperativa de producción a base exclusivamente de obreros manuales, por excelentes que sean, pensando que lo directivo y lo administrativo lo pueden hacer ellos mismos «de cualquier manera», ¿puede extrañarse alguien de lo difícil que es llegarlas a iniciar? ¿Y de qué fracasen casi siempre poco después de haberse iniciado?

Piénsese ahora en que entre los que se juntan para constituir una cooperativa de producción, además de unos obreros manuales competentes, hay unos terciarios también competentes, y a ver si las perspectivas no cambian completamente. Y si los terciarios además de competentes, son apostólicos, ¿qué pasará?

Cooperativas de Crédito. Son las que menos impulso han experimentado, y ciertamente han de ser la matriz del movimiento cooperatista cuando éste salga de la época de los tanteos. Los obreros manuales cooperatistas se dan cuenta de lo ventajoso que sería que existieran cooperativas de crédito, pero esto queda

tan fuera de sus aptitudes, que ni siquiera como “aficionados” se atreven a lanzarse a ellas.

Ésta sí que es tarea cien por cien propia de terciarios. Pero ya hemos visto en la primera parte de este folleto, que la mentalidad actual de los terciarios no es a propósito para entusiasmarse por empresas de esta clase.

Tengo para mí que aquí hay algo que está esperando *la manifestación de los hijos de Dios*, que diría San Pablo.

Piense el que lee en unos terciarios apostólicos bien preparados en asuntos financieros y bancarios, y diga si no ve abrirse ante sus ojos unas perspectivas espléndidas, en este campo hasta ahora tan yermo.

Lo mismo que me he fijado un momento en el aspecto cooperativo, podría mirar el mundo de la enseñanza, en todos sus grados; o el de la sanidad y asistencia social, o cualquier aspecto en los que la vida moderna va imponiendo cada vez más la presencia y la actividad de los terciarios.

Mi convicción firme es que en cualquiera de estos aspectos hay un campo inmenso para la acción de los terciarios apostólicos que acudan a ellos, de la misma manera que hemos visto para el cooperativismo.

También estoy seguro de que ahora es precisamente el momento oportuno.

Al terminar, quiero dirigir unas palabras a mis hermanos, los obreros manuales o secundarios.

Quizá puedan sentirse doloridos porque *les parezca* que en estas páginas haya intentado derribarles del pedestal en que se les ha puesto en tantos años de luchas sociales.

Porque no cabe duda alguna de que siempre que se mencionan las cuestiones sociales, los protagonistas son los obreros industriales y nadie piensa para nada en los terciarios. *Y parece* que yo aquí quito importancia a los que siempre la han tenido, para dársela a los que no la han tenido nunca.

Ya dije antes que el haber centrado la atención en los obreros de la industria fue un gran acierto de los marxistas para el logro de sus designios, pero nosotros no tenemos ninguna *razón cristiana* para situarnos en la línea marxista. Para nosotros lo más importante es la Verdad, que es la que nos ha de hacer libres, en frase del Maestro.

Por esto pido a mis hermanos obreros manuales que pongan su atención principal en ver si lo que se dice en estas páginas es verdad, y no en si les perjudica en su *vanidad de clase*.

También les pido un esfuerzo para «olvidar» un poco a los terciarios actuales, pensando en los terciarios apostólicos futuros. Ya sé que esto cuesta, y por esto les pido un esfuerzo.

Pero hay otro aspecto en el que quiero fijarme, y es que la aparición de tales terciarios apostólicos depende en buena parte de nosotros. Depende de que nos percatemos:

1º *De que los necesitamos*. Lo que podemos hacer los obreros manuales solos en la línea cristiana no guarda relación con lo que han podido hacer en la línea marxista. Claro está que no los necesitamos tal como son (en general) sino tal como puede hacerlos su conversión adulta bautismal;

2º *De que nos completan*. ¿No nos damos cuenta de que bien unidos en Cristo los militantes obreros católicos con los terciarios apostólicos, nuestra fuerza es enorme, principalmente porque así estamos en la línea evangélica, infinitamente más eficaz que la línea marxista?

3º *De que necesitan nuestro amor y nuestra ayuda*. Téngase en cuenta el cúmulo de resistencias ambientales que han de superar los que se lancen a terciarios apostólicos; que al menos encuentren un ambiente de simpatía y comprensión muy fraternal por nuestra parte. Necesitan también nuestra experiencia de militantes cristianos, que si por ser obreros tenemos algunos elementos diferenciales, son muchos más los elementos que tenemos comunes con todos los militantes de la Iglesia.

Sería tristísimo que la aparición de los militantes terciarios se produjera con el signo de antagonismo y de rivalidad con los militantes secundarios. Maldigo estas páginas si con ellas hubiera conseguido este miserable y diabólico resultado.

Como punto final, unas palabras que no me atrevo a dirigir directamente a la jerarquía, pero sí que quieren poner de manifiesto mi actitud ante la jerarquía.

Como militante de la AC sé que tengo una doble misión:

1º Hacer llegar la voz de la jerarquía a aquellos lugares y personas de mi ambiente que para la jerarquía resultan inaccesibles.

2º Hacer llegar a la jerarquía las voces de mi ambiente, que difícilmente podría percibir, para que conozca esta *opinión pública*, tan necesaria en la Iglesia y tan estimulada por los últimos Papas.

Mi deseo, al escribir estas líneas, ha sido en gran parte el de poner de manifiesto lo que yo he podido captar del ambiente en que la Providencia me ha situado, y si ello pudiera servir de información para la jerarquía, mi gozo sería completo.

Y todavía más si pudieran olvidar la miserable persona que expone lo que aquí se consigna, para fijarse únicamente en la realidad y la objetividad de lo dicho. Siempre dispuesto a aceptar íntegramente el Sagrado Magisterio, para poder ser miembro vivo de la Iglesia Santa. Amén.



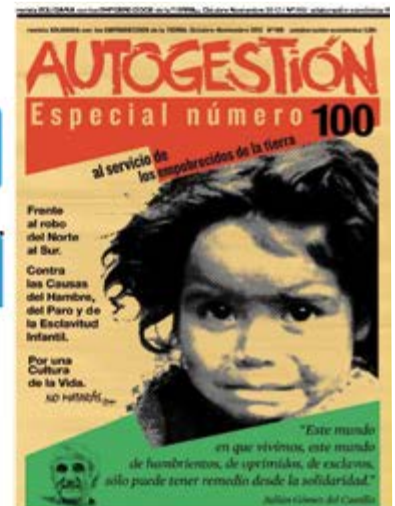
www.solidaridad.net



<http://solidaridad.tv>



**Información al servicio
de los últimos
de la tierra**



SUSCRIPCIONES EDICIONES VOZ DE LOS SIN VOZ

Nombre:..... Apellidos:.....

Calle:.....nº.....piso.....

Localidad.....CP.....tel.....mail:.....

DESEO SUSCRIBIRME A LAS EDICIONES VOZ DE LOS SIN VOZ EN LA MODALIDAD DE:

AUTOGESTIÓN (revista bimestral)

- Como AMIGO: 16 € / dos años (2 suscripciones y una la recibe un empobrecido del Tercer Mundo)
- Como COLABORADOR: 8 € / dos años

ID Y EVANGELIZAD (revista bimestral)

- Como AMIGO: 16 € / dos años (2 suscripciones y una la recibe un empobrecido del Tercer Mundo)
- Como COLABORADOR: 8 € / dos años

AUTOGESTIÓN + LIBROS (10 libros + 5 revistas Autogestión)

- Como AMIGO: 32 € / un año (2 suscripciones y una la recibe un empobrecido del Tercer Mundo)
- Como COLABORADOR: 16 € / un año

ID Y EVANGELIZAD + LIBROS (5 libros de espiritualidad o teología)

- Como AMIGO: 22 € / un año (2 suscripciones y una la recibe un empobrecido del Tercer Mundo)
- Como COLABORADOR: 11 € / un año

- DVD (10 DVD al año) 70 € / un año (10 dvd al año de dos horas de duración)
DVDs

- La colaboración económica escogida la realizaré por
Domiciliación bancaria



CODIGO CUENTA CORRIENTE

ENTIDAD			OFICINA			DC	NÚMERO DE CUENTA					

Más información en LIBRERIA DERSA Avda. Monforte de Lemos 162, 28029 MADRID-Tel/fax 913734086
o a través de correo electrónico en info@solidaridad.net o en www.solidaridad.net

AUTOGESTIÓN